



ÉPOCA 3.^a — AÑO VIII. — TOMO VI.

NÚMERO 43. — Madrid 5 de Setiembre de 1883.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

MADRID Y PROVINCIAS.

Seis meses..... 30 rs.

Un año..... 60 "

CUBA Y PUERTO-RICO.

Seis meses..... 2 ½ ps.

Un año..... 4 "

DIRECTOR
DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN
PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

EXTRANJERO.

Seis meses..... 11 fr.

Un año..... 21 "

FILIPINAS Y MÉJICO.

Seis meses..... 3 ½ ps.

Un año..... 6 "

SUMARIO

TEXTO.—*Cartas de verano*, por Nulema.—*Crónica*, por D. D. Isern.—

El juego nacional, por Blas.—*El incienso bajo los aspectos botánico, bíblico y litúrgico*.—*Bibliografía*, por D. Antonio García V. Queipo.
El hogar y el café, por P. C.—*Los grabados*.—*Maria de Gozs* (conclusión).—*Revista de conocimientos útiles*.—*Anuncios*.

Grabados.—*La educación de San Juan Bautista*, cuadro de la moderna escuela alemana.—*Antigua catedral de Lérida, convertida en castillo*.—*El mes de Setiembre*.—*El Padre Juan Everardo Nithard*, de la Compañía de Jesús.



LA EDUCACIÓN DE SAN JUAN BAUTISTA

• Cuadro de la moderna escuela alemana.

Ayuntamiento de Madrid

CARTAS DE VERANO

SR. D. MODESTO RIERA:



QUERIDO COMPAÑERO Y AMIGO: Entristecidos con la ruina y explotación del insigne Monasterio de Piedra, volvamos a tomar la línea férrea que, pasando por Ateca, nos conducirá a la noble y antigua ciudad de Calatayud. Tuvo Ateca en los pasados tiempos una iglesia celebrísima, asistida por un Vicario y veinticuatro clérigos, y un convento de Capuchinos, edificado por los mismos vecinos de la villa, que se ufanan con la belleza del edificio y con la piedad y sabiduría de sus religiosos.

La iglesia parroquial subsiste, aunque con culto muy pobre, porque la Revolución se alzó con las rentas y sitió por hambre a los clérigos, habiendo perdido Ateca una de sus más espléndidas glorias, pues no cedía en la magnificencia de su iglesia a ninguna otra de la comunidad de Calatayud. El convento... fué desamortizado, y lo que era propiedad del pueblo pasó a serlo de particulares, sin que la Revolución, tan amante de los derechos del pueblo soberano, respetase el venerable origen de este monasterio verdaderamente popular.

Desde Ateca a Calatayud hay cuatro leguas, por las que corre el Jalón, fertilizando hermosas vegas y a veces sembrando en ellas el estrago y la ruina con sus terribles inundaciones. Nada más fácil que evitarlas, ó por lo menos atenuar sus estragos canalizando el Jalón, que corre á sus anchas, sin que la mano del hombre haya procurado meterlo en caja; y sin embargo, con ser tan claro el remedio, con estar al alcance de todos estos pueblos, el río sigue su curso, ora riéndose mansamente de la imprevisión de los hombres, ora burlándose de ellos con furiosas carcajadas.

Pero no es esto todo: hay algo más agravante, y es que un ingeniero del país ha hecho gratuitamente los estudios y se ha ofrecido á dirigir con igual precio los trabajos, si los pueblos se ponen de acuerdo y reúnen los fondos necesarios. Ni por esas; cuando viene una riada y causa inmensas pérdidas en el país, no hay labrador ni propietario que no clame por la canalización inmediata. Pero las aguas de la inundación se retiran; los campos encharcados se secan; se repueblan las feraces vegas, y ya nadie se acuerda de la empresa de canalización, que parece muy costosa á los mismos que acaban de perder sin fruto una cantidad considerable, y quedan expuestos á que se repita y multiplique el estrago de las inundaciones.

Esta es la condición humana; pero por lo mismo debieran, á mi juicio, los gobiernos poner más cuidado en remediar estos males, que en medir y repesar las dosis de libertad que han de entrar en las panaceas constitucionales. Necia y ridícula teoría la que sostiene que los pueblos deben regirse y administrarse á sí mismos, como hijos emancipados de la potestad gubernamental; los pueblos se componen de muchas voluntades distintas, y sin una autoridad que las adune para el bien común, la sociedad será el caos donde sucumbirán con los intereses comunes los particulares, cegados los hombres por la imprevisión y el egoísmo que los hará despedazarse mutuamente.

Pero se dirá:—Al acusar á los gobiernos modernos de que no se cuidan de dirigir la acción de los pueblos, acusáis también á los antiguos, que debieron remediar antes que aquellos los daños de las inundaciones de los ríos de España. Prescindiendo de que las obras de los ferrocarriles, taladrando sierras, allanando montes, cortando con terraplenes los valles y mudando el curso de los ríos, han variado las condiciones topográficas de nuestros campos, haciendo mayores y más frecuentes los estragos de las inundaciones, es de advertir que las necesidades de estos tiempos han aumentado el cultivo, y que hoy son campos sembrados los que antes eran prados incultos; de manera que aun siendo iguales las inundaciones, hoy son más funestas que en lo antiguo, y reclaman más imperiosamente el oportuno remedio.

Los gobiernos antiguos no son, por otra parte, modelos intachables en todo; lo hacían mejor que los modernos, es cierto; pero ni los adelantos de la industria les favorecían, ni pudieron, con tan vastos dominios como entonces regían, dejar á España remediada en todo género de necesidades.

Y en Aragón menos que en otras partes puede censurarse á los tiempos pasados por haber descuidado los campos. ¿Qué hubiera sido de Zaragoza sin el canónigo Pignatelli, que con increíble perseverancia dotó á sus campos yermos de una fertilidad maravillosa por medio del canal imperial, empresa comenzada en el siglo xvi, en el apogeo de la Inquisición, de la monarquía española y de los frailes?

El siglo presente, refractario al progreso moral,

ha sembrado de ruinas nuestras ciudades y nuestros campos; pero en cambio... ningún remedio ha puesto á las inundaciones de nuestros ríos, que gozan, como nadie, de las libertades absolutas del derecho moderno.

Ya es hora de entrar en Calatayud, ciudad antigua, rica por su feracísima vega y su comercio; pintoresca por sus hermosos huertos y alamedas; noble por sus ilustres casas; venerable por sus fundaciones piadosas, y pagada de sí misma, como lo demuestra la siguiente sentencia que no se cae de los labios de sus amantes hijos:

Rincón por rincón,
Calatayud en Aragón.

Suelen decir los partidarios del progreso moderno que los conventos, y en general el clero, eran en los pasados siglos rémora invencible que paralizaba, ó más bien, amortizaba la riqueza de los pueblos, esquilmando con sus exacciones y privilegios los frutos de los campos, y manteniendo en la miseria las poblaciones en que dominaba. Los hechos, con su fallo definitivo, de que no cabe apelación, se encargan de demostrar lo contrario. Tenía Calatayud en sus mejores tiempos, cuando se inventó el refrán que dejó referido, dos iglesias colegiales, ó lo que es lo mismo, dos catedrales; doce parroquias; diez conventos de frailes y seis de monjas.

La colegial mayor de Santa María contaba con 21 canónigos, 9 racioneros de mesas patrimoniales y dos capellanes de coro. La colegial exenta del Santo Sepulcro tenía un capítulo de 14 canónigos y un prior. Rara era la parroquia que no contaba con 4 ó 6 beneficiados y 2 ó 3 capellanes, y calculando que un convento con otro de los regulares reuniese 25 individuos, y nos quedamos cortos, bien puede asegurarse que Calatayud, población de 10.000 almas, poseía un clero, entre regular y secular, de más de 400 individuos.

Y sin embargo, Calatayud era en aquellos tiempos un pueblo rico, más rico que ahora; poseía industrias de que ahora carece, y su comercio podía competir con el de Zaragoza.

La gran masa de bienes que poseía, ó más bien, que administraba la Iglesia, representada en sus Colegiales, parroquias y conventos ha pasado á manos de particulares, y éstos, por lo regular, no son ni pueden ser para el pobre labrador tan caritativos y generosos como la Iglesia, sino que abrumados de necesidades y menos ricos que lo era la Iglesia, exprimen el jugo de sus tierras, apurando hasta las últimas gotas el esquilmo sudor de los pobres.

La agricultura, fuente principal de la riqueza de los pueblos, ha perdido mucho con el cambio, pues una de dos, ó los bienes de la Iglesia han pasado, como estaban, á manos de unos pocos especuladores audaces, en cuyo caso el esquilmo, ha sido desastroso, ó se dividieron en pequeñas porciones, y en este concepto vino á hacerse difícil y llegará día en que se haga imposible el cultivo.

El error de los economistas va dando sus resultados; la desamortización, en la forma que se hizo, y la desvinculación civil y eclesiástica han dificultado considerablemente el cultivo de ciertos campos, que sólo en grandes masas y por manos poderosas podía realizarse.

Pero demos de mano á los asuntos económicos, que son aquí los que menos nos interesan, y tratemos de los monumentos artísticos de Calatayud, ó lo que es lo mismo, de sus ruinas.

Poseía el real convento de San Pedro Mártir de dominicos, fundado por D. Jaime I de Aragón y reedificado posteriormente por D. Pedro IV, una de las más bellas Iglesias de España. Formaba una esbelta nave gótica de 188 pies de longitud y 37 de latitud, con seis capillas á cada lado, y la mayor, de estilo mudéjar de un mérito sobresaliente. En el número 35 del tomo II de LA ILUSTRACIÓN se publicó una vista del exterior del ábside, el cual era sin disputa de lo más bello que en su estilo existía en nuestra patria. Cuando vino el huracán desamortizador, el convento, en que con tanta gloria se habían cultivado las ciencias y las artes; donde florecieron hombres tan eminentes como el P. Delgado, Obispo de Melipotomía y Vicario apostólico de Tonkin, el P. Cebrian, regente de estudios en la Minerva de Roma, y otros no menos insignes; aquel Museo de todas las artes y monumento maravilloso de la arquitectura hispano-arábiga, fué convertido en cárcel y la Iglesia cerrada al culto y entregada á la profanación y á la ruina. Pero el vandalismo moderno no estaba satisfecho, y á pretexto de ensanchar la carretera de Madrid, en 1855 fué demolido el magnífico templo, que debió arrancar, al caer, lágrimas de sangre á las Bellas Artes y á la honra de España.

La misma suerte corrieron los conventos del Carmen Calzado, convertido en almacén de carbón; el de la Merced, transformado en cuartel; el de la

Trinidad, hecho casas; el de Carmelitas descalzos, convertido en Almudí ó mercado de granos; Capuchinos, en casa de campo y corrales; San Antón el Viejo, en plaza, y San Agustín en almacenes y escuelas. De las doce parroquias han desaparecido: San Salvador, San Miguel, Santiago, San Martín, San Torcuato, Santo Domingo de Silos, Santa Lucía y Santa Cristina. Del estado actual de las insignes iglesias colegiales no hay para que hablar; Santa María perdió su Cabildo y quedó reducida á simple parroquia, y el Sepulcro yace rodeado de ruinas, pobre y desamparado, verdadero sepulcro del Sepulcro primitivo.

Calatayud es una ciudad llena de ruinas, lo cual entristece mucho su aspecto, que debió ser en lo antiguo original y característico, por sus largas calles estrechas y tortuosas como las de las poblaciones orientales; sus numerosos conventos, sus magníficas Iglesias coronadas por preciosas torres mudéjares, y su animado comercio, tal vez el más activo, inteligente y rico de Aragón.

De todo apenas quedan las señales.

El turista que hoy recorre las calles de la insigne patria de Marcial, si tiene que lamentar la estrechez y suciedad de las calles, si le ahoga el polvo de la Rúa convertida en carretera, si le abrasa el sol en la subida de la Peña, en cambio... no encuentra ya sino rastros de los antiguos monumentos, arrollados por la invasión del vandalismo revolucionario. Verá deslucida y maltrecha la preciosa portada plateresca de Santa María, obra de los maestros Juan de Talavera y el francés Esteban Beray, que por lo que se adivina, más aún que por lo que se ve, admira con el mérito sobresaliente de sus estatuas y delicadas labores; verá abierto á la intemperie y próximo á desmoronarse por completo el gótico claustro del Sepulcro, que sin ser una maravilla, merecía conservarse por ser lo único que queda de la fábrica primitiva; verá la histórica y venerable Iglesia de Nuestra Señora de la Peña, patrona de la ciudad, reducida al crucero, por haber sido abandonado y vendido y arruinado el resto del templo y el monasterio de clérigos menores que allí existía desde la época de Don Martín y de su mujer Doña Blanca de Luna, que fueron sus magnánimos y espléndidos restauradores; verá todos los monumentos antiguos desamparados; profanadas las ruinas de los demolidos, los monasterios de monjas amenazados, y las ilustres y nobles casas que durante largos siglos honraron la ciudad con sus blasones, en tan deplorable decadencia, que parecen vivir de sus pergaminos, asociadas á la ruina de los monumentos cristianos.

En compensación de lo que ha malrotado, Calatayud tiene una bonita plaza de toros, en que se han invertido muchos miles de duros; tiene un teatro, cuatro ó cinco casinos y muchos cafés espléndidamente decorados. ¿Qué más se quiere?

Los grandes monumentos artísticos sólo pudieron erigirse cuando los reyes, las casas nobles y los monasterios poseían cuantiosos bienes. Ya que se ha querido, aunque sin resultado, fomentar la riqueza particular, desvinculando esas grandes fortunas, ¿por qué no se han conservado sus preciosos frutos, inaccesibles á las pequeñas capitales, y tendríamos á España convertida en un museo de monumentos incomparables?

Es que la mira de la revolución no ha estado puesta en fomentar intereses legítimos de ninguna clase, ha estado puesta en la Iglesia, y lo que ella ha buscado ha sido borrar hasta la memoria de los siglos cristianos. Progreso, libertad... todo mentira: La historia de la Revolución es su mejor proceso. Las ruinas de nuestros monumentos son el cuerpo del delito.

Subía yo una tarde al castillo de Calatayud, donde debió alzarse el castillo de Ayub, que dió el nombre actual á la ciudad, y trepando por las agrias cuevas sobre que se eleva el Reló tonto, como ahora denominan á la antigua campana de D. Pedro IV, me iba recreando en espaciar la vista por la inmensa vega, que aparece desde allí en toda su lozanía y hermosura, cuando acerté á llegar á la puerta de una de las varias cuevas, que abiertas en el cerro, son morada de la clase jornalera y pobre de la ciudad. Salí un anciano á mi encuentro, y con esa proverbial llaneza de los aragoneses, me saludó, mostrándome gusto en acompañarme. Así fué, y con él acabé de remontar la cumbre de la colina, desde cuya altura pude contemplar á mi gusto el magnífico panorama, que abarca una extensión de más de diez leguas en contorno. Mi acompañante miraba con insistencia á la ciudad, de la que apenas apartaba los ojos, y como yo observara que se le enternecían, le dije:

—Se conoce que tiene usted mucho amor á su pueblo.

—Setenta y cinco años tengo, me dijo, y nunca he

salido de Calatayud. Fuí en mi juventud hortelano de los Padres Capuchinos, y cuando la exclaustación, tuve que mudar de oficio y me hice alpargatero. He vivido muchos años dentro de la ciudad, pero viendo agotarse mis fuerzas y mis recursos me vine hace diez á vivir á este barrio de Cuevas, donde quiero morir contemplando mi desgraciado pueblo, digno de mejor suerte.

—Según eso, añadí yo, ¿usted ha conocido á Calatayud en mejor estado? A esta pregunta los ojos del viejo alpargatero se animaron con el fuego del entusiasmo y cual si tuviese delante el pueblo de su juventud, comenzó á describirmelo, sin olvidar el más pequeño detalle de sus antiguos monumentos.

No voy á copiar aquí sus palabras, sólo diré que ví por un momento alzarse sobre la ciudad las torres y cúpulas de sus quince ó veinte iglesias destruidas; que admiré las delicadas labores de sus muros de ladrillo; que en vez de ruinas miré dentro de la ciudad frondosos jardines, feracísimas huertas y poéticos claustros guarecidos á la sombra de pintorescas alamedas; que oí repicar á un tiempo las campanas de todos sus templos, formando un concierto maravilloso, que trasportaba el alma á las alegrías de la Jerusalén celeste; que ví recorrer las calles y plazas á la muchedumbre alegre y contenta, gozando de las regocijadas fiestas de la piedad cristiana; y que la hermosa vega, verde como un marco de esmeraldas, abrazaba á la ciudad con el amor de una madre, mientras que la ciudad con la gratitud de una hija proyectaba sobre ella las numerosas cruces de sus esbeltos campanarios.

El progreso moderno ha borrado la realidad de este bellissimo cuadro; y no ha conseguido en cambio más que atestar de pobres las cuevas del castillo y desnaturalizar por completo el carácter piadoso, artístico y pintoresco de Calatayud. Soy de V., como siempre, afmo. amigo

NULEMA.

CRÓNICA



MURIÓ el Conde de Chambord, el hombre de más carácter y corazón más puro que existía entre las grandes figuras de la Europa contemporánea.

Por espacio de dos meses ha luchado á brazo partido con la muerte, y ha acabado por sucumbir, á pesar de su recia complexión, y de los esfuerzos combinados de las eminencias médicas de París y de Viena.

El cielo no ha querido otorgar á la Francia cristiana lo que ésta le pedía en sus oraciones. Respetemos los designios de la Providencia y oremos por el augusto finado, y más todavía por su patria, que anda extraviada, perdido el camino derecho que podría conducirla al puerto de salvación.

¡Quién sabe! Los designios de Dios son impenetrables. Quizá no ha querido salvar la vida del Conde de Chambord, y por caminos desconocidos de los hombres salvará á Francia. Milagros más sorprendentes y admirables ha obrado en todo tiempo la Providencia divina.

Los parientes del augusto finado se disponen á asistir á sus funerales y entierros. Asistirán también representantes de León XIII y del soberano más cristiano de Europa, del Emperador Francisco José de Austria. Todas las ciudades de Francia enviarán representantes autorizados, elegidos singularmente entre la antigua nobleza, que permanece fiel á sus deberes y á sus tradiciones.

El acto será imponente por su majestad y por su sencillez. La verdadera grandeza no necesita de adornos.

Apartemos la vista de París, donde los políticos discuten y alborotan sobre la herencia del Conde de Chambord y sobre la conducta de este digno heredero de San Luís, de Enrique IV y de Luís XIV.

En otros tiempos menos turbados y revueltos, sólo los hombres de muchos años y no menos seso discurrían sobre las más graves materias de orden político. Hoy cualquier barbilampiño, más ajeno de estudios que de experiencia, con no tener ninguna, se cree autorizado para discutir los más graves problemas de todos los órdenes de la actividad humana. Así anda el mundo.

El Conde de Chambord, que pertenecía á la Tercera Orden de San Francisco, recibirá cristiana sepultura en el convento que los frailes Franciscanos tienen en Goritz.

La Orden de San Francisco, tan amada y favorecida del augusto finado, ha decretado oraciones especiales por el Conde de Chambord en todos los conventos de Franciscanos del mundo. Estas preces que al volar al cielo se confundirán con las de todas las almas cristianas de Europa, regocijarán al alma

nobilísima que ha sido grande en su vida y en la hora de la muerte.

**

Quede consignado un hecho. La prensa liberal y revolucionaria de París y de Berlín, de Viena y de Roma, han rendido justísimo tributo de admiración al Conde de Chambord después de muerto, llegando algunos diarios á considerarle como la figura más grande é interesante de la política moderna.

Este fenómeno viene ocurriendo siempre que fallece una de las grandes figuras que Dios hace nacer en medio de las sociedades modernas, para confusión de los que denostan los tiempos antiguos casi siempre sin conocerlos.

¿Por qué si la prensa liberal y revolucionaria reconoce que la verdadera grandeza de alma y nobleza de carácter se hallan en los hombres que nacen, se educan, crecen, viven y mueren como nació, creció, se educó, vivió y ha muerto el Conde de Chambord, no obran en conformidad con esta creencia? O son hipócritas al hacer justicia á los grandes hombres del catolicismo, ó son falsarios al defender unas doctrinas que sólo pueden producir los pigmeos de las sectas.

No cabe disyuntiva; no podrá nunca encontrarla el más agudo sofista de la prensa liberal y revolucionaria.

Lo que no ha hecho esta prensa de París y de Berlín, de Viena y de Roma, lo han hecho algunos periódicos liberales y revolucionarios de España. Si hay alguna ocasión en que el silencio se impone como un ineludible deber, es sin duda ninguna en casos como el en que se encontraban los periódicos aludidos.

Insultar á un cadáver no acusa ciertamente gran valor, que digamos. Insultar al Conde de Chambord en su sepulcro, calientes todavía sus cenizas, acusa un valor á que nunca llegaron los españoles hasta que la revolución trastornó los cerebros de algunos.

**

La República francesa no ha sabido ser noble, no ha sabido cumplir con su deber, ni aun en estos supremos instantes. Si no quería considerar al Conde de Chambord como á jefe de la casa que reinó durante siglos en Francia, ha debido considerarle al menos como al primero de los ciudadanos, y dar cuenta de su muerte en el *Journal Officiel*, según costumbre establecida en casos idénticos.

De no haberlo hecho así, nada ha perdido el Conde de Chambord, nada han perdido sus leales partidarios. Quien única y exclusivamente ha perdido en ello es la causa de la República, puesto que sus hombres han cometido una nueva mezquindad que los más ardorosos de París han apellidado miseria.

La prensa legitimista de París ha asegurado que casi todas las Cortes de Europa han enviado telegramas de pésame á la augusta princesa que gime aterrada cabe el féretro de su incomparable esposo. Sólo el Quirinal, dicen los diarios aludidos, ha dejado de cumplir éste que para algunos soberanos era testimonio de admiración, para los menos testimonio de cariño, y para los más simple cumplimiento de una fórmula cancillerescas.

Ignoramos si el actual Jefe de Estado de España ha procedido en este caso como Humberto de Saboya. Dicen que sí.

Lo que sabemos es que el Gobierno y el Soberano de Grecia han cumplido con su deber. El Rey Jorge ha teleografiado y escrito á la viuda inconsolable en términos grandemente expresivos, y el señor Triconpis, Presidente del Consejo de Ministros, ha hecho lo mismo en nombre propio y en nombre de sus colegas de Ministerio.

Grecia no ha olvidado que Enrique V es nieto de Carlos X, y que Carlos X hizo cuanto supo y pudo por la independencia de aquel Estado.

En Francia, los Consejos generales en que tienen mayoría los legitimistas suspendieron sus sesiones al tener noticia de la muerte del ilustre Conde de Chambord. Paul de Cassagnac y algunos bonapartistas se asociaron en el departamento de Gers al acto de sentimiento de los consejeros católicos, y contribuyeron con sus votos á que se levantase la sesión.

Algunos republicanos se asociaron al dolor de los legitimistas con algunas reservas, y á sus votos se debió en el Consejo general del Loire Inferior que pudiese levantarse la sesión.

Jamás ha descendido á la tumba hombre alguno de las condiciones del augusto finado, rodeado de semejantes testimonios de amor y de respeto.

**

Unas bellísimas palabras de Aparisi se han hecho populares á fuerza de repetidas. Pero para nosotros son siempre igualmente hermosas: «Morir para quien muere en Jesucristo, dijo aquel venerado patricio, es dormirse entre los hombres y despertar entre los ángeles.»

El Conde de Chambord, que vivió como cristiano viejo, ha muerto como católico piadoso. Durante su enfermedad se ha confesado varias veces, recibiendo la Sagrada Comunión, que le han administrado los sacerdotes que no se han separado de su lado un solo momento. Pocas horas antes de morir recibió la Extremaunción.

Durante la agonía rezó toda la familia las oraciones que la Iglesia prescribe para tan tristes momentos. Mientras el Sr. Conde de Bardy cerraba los ojos del difunto, la Sra. Condesa de Chambord caía desvanecida en brazos de la Sra. Duquesa de Madrid.

Era un cuadro sublime del dolor cristiano.

Cuando el viajero fatigado de largas jornadas llegue á Goritz y visite el sepulcro del Conde de Chambord, verá escrito sobre aquella tumba que ya encierra los restos de otros varones ilustres de la casa de Borbón, un epitafio que habrán redactado los hombres de bien de toda Europa que hayan visitado antes aquella retirada población de Austria:

«Aquí descansa el caballero más completo del siglo XIX; el carácter más honrado, el corazón más puro, la inteligencia más recta que ha producido una edad egoísta y envilecida. No llegó á reinar sobre Francia, por más que tenía derecho á ello. Pero reinó sobre los corazones de los franceses honrados, que tenían en él una fe constante y ciega.» R. I. P.

D. ISERN.

EL JUEGO NACIONAL



NUESTRO país podrá no ser un país por excelencia, pero nadie negará que abundan las excelencias en nuestro país.

Y no lo digo precisamente por los y las *Excelencias* que, si no llenan muchas páginas de la historia, llenan en cambio muchísimas de la *Guía de Forasteros*.

Lo digo porque al comparar nuestro país con otros países, y prescindiendo de todo sentimiento de vanidad nacional, encontramos en el nuestro usos, costumbres, procedimientos, instituciones, en una palabra, *cosas* que no vemos en los demás pueblos y que nos colocan en un orden jerárquico muy superior á aquéllos.

Algo hemos hablado en anteriores conversaciones (que no tienen otro carácter estos escritos en que me comunico con ustedes) del espectáculo nacional por excelencia: las corridas de toros.

Algo hemos departido, aunque incidentalmente, sobre la política nacional por excelencia: la locuacidad parlamentaria.

Algo hemos tratado, siempre con el respeto debido, de ese hecho de fuerza bruta, de esa solución nacional por excelencia: los pronunciamientos.

Algo conversaremos cualquier día, si Dios quiere, de otro rasgo característico de nuestro país, de otra aspiración nacional por excelencia: la empleomanía.

Algo, en fin, y aun algo nos queda que registrar en este inventario de cachivaches nacionales por excelencia; pero hoy hemos de pasar este rato hablando del juego nacional por excelencia: *la lotería*.

Lo primero que se ocurre al que medita un instante sobre este asunto, es un movimiento de profunda admiración hacia nuestros gobiernos sin distinción de colores, partidos, banderías, escuelas y procedencias.

Todos ellos condenan el juego de azar, no sólo en principio, sino en la legislación; todos sostienen en el Código la penalidad en que incurrían los jugadores de esa especie. Y todos, sin embargo, autorizan, ¿qué es autorizar? se erigen en monopolizadores del juego, le regularizan, le propagan, le estimulan por todos los medios, con tal que ese juego se llame *Lotería Nacional*.

Gran fuerza de ingenio se necesita para presentar un mismo hecho como inmoral cuando le practican los administrados, y como lícito y de una correcta moralidad cuando le practican los administradores.

Este ingenio y esta trastienda no pueden negarse sin notoria injusticia á nuestros gobernantes.

Que la lotería es un juego de azar no puede ponerse en duda. El jugador aventura una cantidad de dinero en la esperanza de ganar diez, veinte, ciento, mil, diez mil veces más que la suma que arriesga. Si la suerte le favorece, obtiene una ganancia siempre mayor que la pérdida á que se expone.

En esta desproporción entre la pérdida y la ganancia estriba el aliciente de ese juego, y en esto estriba también la inmoralidad de la lotería, lo mismo

la que se llama nacional y se juega, con billetes impresos, en las administraciones del ramo, que la que se juega con cartones y fichas, subrepticamente, en cualquier sótano de cualquier café.

Es el juego de lotería, sea nacional, sea particular, infinitamente más inmoral que el juego del monte ó banca, porque no está en relación lo que se *juega ó apunta* (que, prescindiendo de hipocresías, es sinónimo) con la ganancia que se espera.

El que juega al monte, arriesga un duro para ganar un duro, ó diez onzas para ganar diez onzas. El que entrega seis pesetas á cambio de un billete de lotería, lo hace para ganar desde ocho hasta ocho mil duros. El aliciente es, pues, mucho mayor para este último que para el primero, y por consiguiente mayor el estímulo para que reincida y repita sus *puestas*.

Es decir, que el jugador de lotería entra en la casa de juego (ó sea la Administración), si no engañado, fascinado con la expectativa de hacerse rico en un minuto y por poco dinero, mientras que el jugador de monte sabe muy bien que para hacer dos mil duros con un solo duro necesita una gran suerte y que esta gran suerte se repita muchas veces durante la noche, y en todo caso, sabe que están equilibradas las probabilidades de pérdida y ganancia.

Si el jugador de lotería se parase á discurrir un poco, vería, como tres y dos son cinco, que las probabilidades de alcanzar un premio grande son tan lejanas, que no las alcanza un galgo...

Y ya que he mentado al galgo, pongamos un ejemplo:

Supongamos veinte mil hombres hambrientos, cada uno de los cuales desea comerse una liebre.

Supongamos que otro hombre les dice: «El que afloje un céntimo de peseta, *podrá* comerse la liebre si la suerte le ayuda.»

Supongamos (y no es mucho suponer) que cada uno de los hambrientos entrega su monedita, cuyo valor es casi inapreciable.

Supongamos que el empresario de este negocio, después de enseñar la liebre (que por cierto es un animal magnífico) á cada uno de los que quieren comerse la, los convoca en la plaza de toros para las doce de la noche (que por cierto es oscura como boca de lobo), y que acuden todos á la cena, quiero decir, á la cita, que no es precisamente lo mismo.

Supongamos que el susodicho empresario hace meter en el redondel del circo taurino 19.999 galgos y una liebre; que llega la hora y se presentan los 20.000 individuos á las puertas de la plaza; que el empresario les va vendando los ojos é introduciendo uno por uno en el circo y les dice: «Ahí tenéis la liebre, echadla mano.»

Es seguro que, al oír tal proposición, responderá cada uno de los congregados: «Échela usted un galgo.»

Pues bien, la probabilidad de coger la liebre entre 19.999 galgos es, ni más ni menos, la que tiene el jugador de lotería de atrapar la liebre-premio-grande entre los veinte mil billetes-galgos.

Claro está que si los jugadores de lotería echasen estas cuentas-galgos, nadie querría perseguir la liebre.

Si á la par de exhibirse al público la lista de los números premiados, se exhibiese la de los números no premiados, que ocuparía muchos pliegos de papel, tengo por seguro que se asustarían los incautos jugadores, y dirían, como los niños cuando se enfadan: «Ea, no juego más.»

Sentado (porque no puede menos de reconocerse así) que la lotería, aunque se llame nacional, es pura y simplemente un juego de azar, debemos examinar sus caracteres, comparándoles con los de los demás juegos de esta especie. Pero de este examen resultaría que no puede ponerse en parangón la lotería con el noble juego de las chapas ni con el patriótico y popular juego del *cané*, sin lastimar la dignidad de estos últimos.

En casi todos los juegos de suerte, la corren igual el que lleva el juego y el que apunta: esto, al menos, es equitativo. Mas en la lotería, el que *talla* ha de ganar *por fuerza*. Después de entregar á los *puntos* las cantidades que les han tocado en suerte, se levanta de la mesa, sean cualesquiera las vicisitudes del juego, llevándose una suma, que es próximamente el 15 ó 20 por 100 de todas las cantidades que se han atavesado durante la *talla*.

Más claro: figurémonos que los jugadores de lotería se ponen todos de acuerdo y dicen: «Cada uno de nosotros va á destinar 500 pesetas al juego nacional; el importe de estas cuotas se depositará en una casa comercio, que se encargará de adquirir los billetes para cada sorteo y de cobrar los premios; éstos se irán acumulando, y pasado cierto tiempo se hará una liquidación y se procederá á repartir las ganancias entre los asociados»...

¿Qué les parece á ustedes que sucedería? Una

cosa muy sencilla: que á la vuelta de algunos sorteos habrían perdido los jugadores *toda su capital* indefectiblemente, puesto que en cada uno de los sorteos habrían dejado un 20 por 100 en poder del lotero.

Es decir, volviendo al ejemplo que puse más arriba, pero invirtiendo los términos, que un solo galgo se comería 20.000 liebres en poco tiempo.

Como la lotería se reduce meramente á cuestión de números, no será inoportuno dar un pequeño curso de aritmética á los aficionados, sobre todo á los recalcitrantes y á los *puntos fuertes*.

Hay hombres (yo conozco alguno) que vienen invirtiendo sumas considerables en la lotería por espacio de muchos años. Es muy frecuente oír á esos empedernidos jugadores estas ó parecidas frases:

«¡Veinticinco años hace que juego en todos los sorteos, y no he sacado un premio siquiera! ¿Puede darse suerte más perra que la mía?»

Pues bien, yo les demostraría á esos Heráclitos del terno seco que, si *hubieran querido*, habrían sacado un premio de consideración; pero evidentemente, sin género de duda, sin dificultad de ninguna especie, y á un *despecho de la suerte*.

Y no sólo se lo demostraría, sino que se lo voy á demostrar.

Mas para no fatigar mi cabeza, harto cansada ya por los años, y para no hacer pesada la demostración, resolveré el problema sin descender al céntimo ni al milésimo, sino en cifras redondas.

Cada año se celebran 35 sorteos de lotería, cuyos billetes varían en su precio desde 3 á 500 pesetas.

El jugador (hablo del verdadero aficionado, del *punto fuerte*) que toma un billete en cada sorteo, invierte al cabo del año unas 730 pesetas. Si en lugar de tirar esa cantidad por la ventana nacional, la colocase al interés legal de 6 por 100, habría aumentado en un año ese pequeño capital, que sería para el año siguiente de 773 pesetas 80 céntimos. Agregando á esta cantidad las consabidas 730 pesetas que debía destinar el segundo año á la lotería, resultan ya 1.503 pesetas (prescindamos de los céntimos) cuyo interés sube á 90 pesetas; total 1.593. Y por este orden, agregando cada año los réditos del capital y las 730 pesetas consagradas al juego, resultará que en veinticinco años las 730 pesetas, á interés compuesto, darían un capital positivo de muchos miles de reales; es decir, un *premio gordo*, adjudicado, no por la ciega fortuna, sino por la previsión y el cálculo, que tienen ojos de lince.

Por otra parte...

Pero ¿quién es capaz de escribir con esa algarabía infernal que se oye enfrente de mi balcón? Una catterva de mujeres y chiquillos cantan en diapason alto y hasta desgañitarse:

«¡La lista grande! ¡La lista grande! ¡La lista grande!»

Pues señor, está visto; no puedo continuar y aún me faltaba mucho que decir. ¡Bah! Si me ahorro dos ó tres cuartillas, esto me encuentro; puedo decir que me ha tocado la lotería. No hay mal que por bien no venga.

BLAS.

EL INCIENSO

BAJO LOS ASPECTOS BOTÁNICO, BÍBLICO Y LITÚRGICO

ÁRBOL DEL INCIENSO

Arbor thuris. — (Boswellia Serrata Stachx.) — Leboná 1.



ENGALANADA la Esposa de los Cantares con todo el atavío oriental de sus vistosos trajes y perfumes delicados, sale con su Esposo á disfrutar de la campiña, y encontrándose con los amigos, sorprendidos de tanta hermosura, y embriagados con el suave aroma que despedía, se preguntan llenos de agradable sorpresa: «¿Quién es esta que sube por el Desierto, como varita de humo de los aromas de mirra y de *Incienso*,

1 Hay discordancia suma entre los intérpretes relativamente á esta voz.

El *Leboná* de unos, *Luban* de otros, equivale á blancura, expresando de este modo el color límpido de las *lágrimas* del *Incienso*. Los que no admiten que esta palabra es hebrea, y si árabe, la traducen como nombre de una ciudad, que lo mereció por su abundancia de este producto aromático. Esto se confirma si se tiene presente que los Magos que ofrecieron á Jesús los presentes de su país eran árabes, y le trajeron el *Leboná*, y no el *Conder* de los persas. La opinión de los que hacen sinónimo el *Leboná* del Libano, y por consiguiente, que el *Incienso* era muy común en el Monte Sagrado, se destruye por lo dicho anteriormente. Sin embargo, hay comentaristas que dudan si esta gomoresina dió nombre al Libano, ó vice-versa, fundados en la palabra *Olivanum*, que traducen *Acéite del Libano*, y hasta apoyados en la *Thus*, «yo perfume», cualidad importante del *Incienso*.

y de todo polvo de perfumero? (Cap. 3, v. 6.) Los amigos, que representan á los justos, admiran á la Esposa, imagen de la Iglesia, que nos ha hecho comprender la humanidad de Cristo y su pasión y muerte, cuyo emblema es la mirra, el *Incienso* el de su divinidad, y la fragancia de la ley evangélica los demás perfumes.

No es menos poética esta otra cita del *Leboná* en el mismo Libro epitalámico. El dulce cantor de las bellezas de su agraciada pastorcilla, dice: «Hasta que sople el día y declinen las sombras para volver con los cervatillos, iré al monte de la mirra y al collado del *Incienso*» (Cap. 4, v. 6.)

El sabio legislador hebreo consigue al fin libertar á su pueblo querido de la tiranía de Faraón, y erigiendo el Tabernáculo, prepara por orden del Señor los perfumes que habían de quemarse en el altar, colocados en dos preciosas urnas, sobre los panes de la proposición. «Toma para tí, le dice, aromas, estacte, onique, gálbano de buen olor, é *Incienso* el más trasparente.» (Exod., cap. 30, v. 34.)

En las ofrendas de los panes de flor de harina, para que fuesen aceptas al Señor, debía derramarse sobre ellas aceite purificado, y se quemaba *Incienso* en olor de suavidad. (Levit., cap. 2, v. 1 y 2.) Igual ceremonia tenía lugar al ofrecerle los primeros frutos como recuerdo del sacrificio. (Cap. 2, v. 15 y 16.) Si éstos eran para expiar los delitos, la ofrenda no se rociaba con aceite, ni había perfume de *Incienso*. (Cap. 5, v. 11.)

Los hijos de Aarón comían la parte sobrante de la harina, pero sin levadura, en el lugar santo del atrio del Tabernáculo, mientras todo el *Incienso* se quemaba en el altar, como memoria de olor suavísimo al Señor. (Cap. 6, v. 15.) Todos los sábados, al quitar los panes añejos y poner los nuevos en el Tabernáculo, ardía el *Incienso* trasparente para que el pan fuera un recuerdo de ofrenda. (Cap. 24, v. 7.)

Eleazar, hijo del sacerdote Aarón, como jefe y superintendente de la tribu de Leví, tenía á su cargo en el templo, y cerca del Tabernáculo, uno de los destinos más importantes, «cuidar del aceite de las lámparas y del perfume aromático ó *Incienso* de composición.» (Núm., cap. 4, v. 16.)

Cuando la mujer adúltera presentaba su ofrenda de flor de harina, no se derramaba el aceite, símbolo de la Misericordia, ni se quemaba *Incienso*, que lo era de la buena fama, «porque son sacrificios de celos y ofrenda para descubrir su infidelidad.» (Capítulo 5, v. 15.)

Isaías, incansable contra la vanidad de los ídolos, y quejándose de Israel, le dice: «No te daré trabajo en el *Incienso* de composición.» (Cap. 43, v. 23.) El mismo Profeta, cantando los beneficios ilimitados que la fe trae en pos de sí, dice á Jerusalén: «Levántate, que ya ha venido tu lumbré; serás muy rica, porque la inundación de camellos te cubrirá, como los dromedarios de Madian y de Ephá; vendrán los de Sabá, con oro é *Incienso*, anunciando alabanzas al Señor.» (Cap. 60, v. 6.) Y por fin, reprendiendo á los hipócritas, les dice: «El que se acuerda del *Incienso*, es como quien bendice un ídolo.» (Capítulo 66, v. 3.) Análoga es la cita del *Leboná* en el Apocalipsis (cap. 10, v. 13) cuando predice la ruina de Babilonia.

Irritado el Señor por las iniquidades de su pueblo, hace el último esfuerzo para salvarle, y le manda á Jeremías para que oigan de su elocuente voz las verdades eternas. ¿Para qué me traéis, les dice, *Incienso* de Sabá y caña de olor suave, si vuestros holocaustos no los acepto, y vuestras víctimas no me agradan? (Cap. 60, v. 20.)

«Si no observáis la festividad del sábado, vendrán de la parte del Abrego con víctimas é *Incienso*, y las ofrecerán en la Casa del Señor.» (Cap. 17, v. 26.)

El afortunado copero de Artajerjes, después elevado por Dios al rango de Profeta, pide licencia á su poderoso Rey para auxiliar á la patria de sus padres. Reedifica á Jerusalén, la saca del estado lastimoso que la rodeaba, establece las ofrendas del Tabernáculo y el perfume del *Incienso*. (Nehemías, capítulo 13, v. 5 y 9.)

Aún pudieran indicarse algunos pasajes de la Biblia, en los que figura este preciadísimo aroma: bastará, para concluir las citas, recordar que el uso del *Leboná*, tan generalizado en Oriente, se extendió hasta haber merecido ser ofrenda digna del mismo Dios-Hombre.

Los sabios filósofos de aquellos países, que guiados por una estrella vinieron á adorar á Jesús en el establo de Belén, le ofrecieron oro como á Rey, *Incienso* como á Dios, y mirra como á Hombre. (San Mateo, 2, v. 11.) La palabra *Leboná* aún no está muy comprendida. Bocharto cree que es voz hebrea que equivale á blanco, por la nitidez de las lágrimas escogidas. Abu'l Fadli, dice que el *Leboná* ó *Luban* es nombre arábigo, porque recuerda el de una antigua ciudad de aquellas regiones; que después lo

tomaron los griegos, aplicándolo al *Incienso*, que para ellos equivalía al *Conder* de los persas, nombres que después los árabes mudaron, pues bien sabido es que fueron tan preclaros botánicos. García Horta cree que su origen es griego, y que de la voz griega vino la latina *Thus*, yo perfume: otros el *Olibanum* latino lo han traducido *Oleum Libani*, por creer que esta sustancia es originaria del monte Líbano.

Sea la cuestión etimológica la que quiera, es lo cierto que el *Leboná* de los hebreos y árabes, ó sea nuestro *Incienso*, fué uno de los perfumes más apreciados del pueblo hebreo, como de todos los del mundo. Los Libros Sagrados así lo indican, demostrando siempre que el humo del incienso es agradable á Dios. *Dirigatur Domine oratio mea sicut Incensum in conspectu tuo*, decía el Profeta, y recita todos los días la Iglesia católica. Por lo demás, en los escritores antiguos se encuentran testimonios del aprecio que se hacía del *Incienso* en los templos.

Título:

Se quema el aromoso *Incienso*.

(Lib. 2, Eleg. 2.)

Papinio:

En las hogueras sagradas
El fuego del altar se alimenta con *Incienso*.

(Theb. lib. 1, v. 556.)

Ovidio:

Tráeme *Incienso*, muchacho, su llama es copiosa;
que sea puro, para que no chisporrotee.

(Trist. lib. 5.)

El *Incienso* santifica con su aroma las preces á los dioses.

(Metam. lib. 6, v. 164.)

Lactancio:

Se creen dichosos si el fuego del altar
Se rocía con el vino aromático y el *Incienso*.

(De vero cultu, lib. 6, cap. 1.)

El árbol que produce esta hermosa sustancia había de tener también su origen mitológico. Ofendida la Océanida Clície de la inconstancia de Apolo galanteando á su hermana Leucotoe, fué enterrada viva por su padre. El pastor Admeto, sin poderla volver á la vida, regó con néctar divino la tumba funeraria, y brotó lozano el árbol del *Incienso*. Clície, representada en el girasol, muestra siempre la magnífica corola al luminar del día regido por su amante, como recuerdo eterno á tanta perfidia.

Las preces que los fieles envían al cielo acompañadas del humo del *Incienso*, si este es puro, son bien acogidas por el Altísimo; es decir, según San Cirilo (in *Levit.* 14, pág. 750), que la conciencia esté tan pura como el perfume que se ofrece, porque *Deus non Thure, set morum emendatione placatur*.

Nadie duda que el uso del *Incienso* en las ceremonias religiosas de los gentiles tuvo su origen del rito hebreo; así lo confirma un respetable escritor antiguo cuando dice: *Magna pars caeremoniarum gentilium, ex patriarchalibus ac Mosaicis originem traxit*. (Voss., de *idol. Gent.*, lib. 3, pág. 869.) Efectivamente que el *Incienso* desde la más remota antigüedad se ha quemado en los templos en honor de la Divinidad, ceremonia que pasó á la Iglesia católica, así como también para fumigarlos, único medio que entonces se conocía. Los cotidianos sacrificios de los animales, y las emanaciones de éstos al ser quemados en los altares, llenaban los templos de vapores malsanos, desagradables y frecuentemente pútridos, que en parte se neutralizaban con el humo del *Incienso*.

Escribe Herodoto que los árabes ofrecían como tributo á Darío, rey de Persia, todos los años, más de mil talentos de *Incienso* blanquísimo. En el libro primero de los Caldeos se lee, que en el altar dedicado á Júpiter se consumía anualmente una cantidad igual de *Incienso*. Alejandro Magno, al apoderarse de la Arabia, mandó á su pedagogo Leonidas un navío cargado de *Incienso*, para que con profusión adorasen á sus dioses.

Virgilio (*Enéida*, 1, v. 410) dice que llegaron á Pafo cien mil talentos de *Incienso* de Sabá.

Como era consiguiente, el uso inmoderado de este preciado aroma debía traer la escasez más completa, y á precio elevadísimo el poco que se encontraba. Dice Filostrato, que en tiempos del Emperador Severo hubo necesidad de sustituirlo con hojas de laurel, harina, aceite aromático y vino generoso, con cuyas sustancias se hacía una masa de olor agradable, que le reemplazaba en los sacrificios.

Ovidio (in *Fastis*, lib. 1, v. 337) se lamenta de la falta de perfumes para los dioses, sin que hubiera *Incienso* ni mirra, costo y azafrán, contentándose con el laurel y otros aromas indígenas, y escaseando éste en ocasiones, por lo que se creía muy feliz el que podía presentar una corona de violetas en aras de los dioses.

La patria del *Incienso*, y por consiguiente la del árbol que lo produce, fué por mucho tiempo muy difícil de averiguar, siendo hoy no menos desconocida la especie botánica que da este precioso aroma.

En la Sagrada Escritura está indicado el país del *Incienso*. Isaías (cap. 60, v. 6) dice: «Vendrán de Sabá, ofrecerán oro é *Incienso*, publicando las grandezas de Jehová.» Sabá, país situado en la Arabia Feliz, de donde los Magos fueron guiados por una estrella, para buscar, adorar y ofrecer al Dios-Niño sus presentes.

El Profeta Jeremías (cap. 6, v. 20) confirma también la patria del *Incienso*, cuando dice: ¿Por qué me traéis *Incienso* de Sabá?

Efectivamente, el *Incienso* fué por mucho tiempo propiedad de los árabes, viniendo el nombre de *Arabia Feliz* á aquella parte donde esta aroma y muchos otros se crían, por las grandes riquezas que con ellos se proporcionaban. También se llamó *Arabum divitiarum*, porque se empleaba para las aras de los dioses, los funerales y hogueras de los cadáveres, en el perfumado ambiente de los palacios y en la choza del pastor. Teofrasto ya dijo que el árbol del *Incienso* vegetaba en la Arabia Media, cerca de Sabá, Adramita y Citibena; Estrabón, en la tierra de los Sabeos; y Plinio, conforme con los anteriores, dice que era tan abundante entonces este árbol, que los sabeos no empleaban otro combustible. También afirma este sabio naturalista, que entre los griegos y romanos fué desconocido por mucho tiempo el perfume de los altares. En la Historia Natural (lib. 13, cap. 1) así dice: *Illi acis temporibus, non erant unguenta, nec Thure supplicabatur*.

No queda duda que donde primero se conoció el *Leboná*, fué en la Arabia. San Cirilo, comentando á Isaías en el pasaje anteriormente citado, dice que el reino de Sabá, cerca del mar Rojo, es abundantísimo en *Incienso*, oro y piedras preciosas, y que mereció con razón el adjetivo de su patria.

Así lo celebra Virgilio:

La India produce el ébano,
Y Sabá el árbol del *Incienso*.

(Georg. 1, v. 58.)

Sidonio:

La India da el marfil; Caldea el amomo;
La Asiria, las piedras preciosas; Siria las lanas; Sabá el *Incienso*.

(Carm. 5, v. 43.)

En el mismo sentido celebran el *Incienso* Sabeo, Séneca, Claudiano en las bodas de Honorio, Valerio Flaco, Gracio y otros poetas latinos.

Muchos han creído que, por la semejanza de *Olibanum* con el monte Líbano, quizá fuera esta la patria del *Incienso*, fundándose los comentadores en el pasaje de Oseas: «Como la Oliva, su hermosura; su olor, como del Líbano, parecido al *Incienso* aromático.» (Cap. 14, v. 7.) Y que el gran monte del Líbano, que está en tierra de los fenicios, se le ve coronado de cedros y de árboles del *Incienso*, lo confirma Ausonio:

El *Incienso* es la honra del monte Líbano.

(Monosyllab. 2.)

Gaspar Waser:

El gran monte del Líbano
Es notable por su *Incienso*.

(Lib. 2.)

Pomet, en su Historia de Drogas, también admite los árboles del *Incienso* en Tierra Santa, y con especialidad al pie del monte Líbano, habiendo quien cree que el *Incienso* dió nombre al Líbano, y otros que éste se lo dió al *Incienso*.

David Kinckio, comentando á Jeremías, no está conforme con esta opinión, porque *Aportabatur Thus à terris longe dissitis, quia non inveniebatur in terra Israelis*.

Tres naturalistas y eruditos antiguos dirimen la cuestión relativa á la patria de *Leboná*.

Abu'l Fadl, dice que el *Conder* de los Persas, *Leboná* de los hebreos y de los árabes, nace en Jemáná, país de los Magos que vinieron á Bethelhem con su preciado *Incienso*. San Justino y San Epifanio, ocupándose del pasaje de San Mateo (cap. 2, v. 11), están conformes con el naturalista árabe.

El doctísimo Procopio dice que los sabios de Oriente que adoraron al Niño en Belén, no eran persas, sino árabes de Sabá. García Horta, por fin, casi con iguales razones, asegura que el primer *Incienso* que se conoció venía de la Arabia Feliz. *In montibus Merbath nascuntur Arborea Thuris*.

Si la ciencia de las plantas ha hecho grandes progresos regularizando el conocimiento de los vegetales, y en unión de la Farmacología, el de sus partes y productos, el de que nos ocupamos, estudiado ya física y químicamente con sus propiedades terapéuticas, no puede aún referirse á un género y especie determinados por los botánicos modernos.

El árbol *Incienso* se refirió hasta hace poco tiempo á diferentes vegetales, entre ellos á uno muy semejante al lentisco, y que por muchos años se ha creído, aunque sin razón, que era el *Juniperus Lycia L.* Es más probable que sea un *Balsamodendron*, ó por lo menos un árbol de la tribu de las

burseráceas, opinión modernamente confirmada, puesto que un individuo de dicha tribu, indígena de Bengala, suministra hoy la mejor suerte de *Incienso*, y es el *Boswellia Serrata* Stachx. Si bien no es fácil asegurar, si el que viene de Abilena y Etiopía por Marsella es producido por la misma especie.

Es lo cierto que en el comercio circulan dos suertes principales, la de África y de la India. unos concediendo la primacía á la primera, otros á la segunda. Las *lágrimas* de esta gomoresina son en la de África menos voluminosas, redondeadas ú ovoideas, semitransparentes y de olor balsámico agradable; las de la India, mucho mayores y de color más ó menos claro, pero de sabor aromático y olor fuerte, que se acerca al de la Tacamaca.

También se ha dividido en los ridículos nombres de *Incienso macho*, ó las *lágrimas* más puras y sueltas; *Incienso hembra*, las irregulares, no tan secas y unidas entre sí. El *maná* de *Incienso* eran las pequeñas *lágrimas* separadas, así como el *Incienso en polvo* lo constituía el residuo pulverulento mezclado á las resinas con que suele adulterarse, como la sandraca, almáciga y galipodio, fáciles de distinguir, porque el olor *madre* del *Incienso* hasta se diferencia del de los bálsamos y trementinas.

La medicina antigua hizo algunas aplicaciones terapéuticas de esta gomoresina como buen tónico y excitante de los órganos respiratorios, práctica empleada hoy por algunos en el tratamiento de la tisis pulmonar. Hace parte de muchos bálsamos de la antigua polifarmacia, triacas, diferentes ungüentos y emplastos. Hacía parte á la vez de los ingredientes para embalsamar, especialmente en la preparación de las momias de Egipto.

También fué material medicamentoso la corteza del árbol del *Incienso*, *Cortex Thuris*, citada como un buen astringente en muchos formularios, de la que se veían, hasta hace poco, muchos fragmentos mezclados á la gomoresina.

(Flora bíblico-poética.)

BIBLIOGRAFÍA

Lettres d'Espagne, par la CONTESSE J. DE ROBERSART, nouvelle édition. — Paris. — Watelier, Libraire-Editeur; 1879.

Cuatro años hace que la *Sociedad de San Agustín*, compañía que tiene en la francesa Lila y en la flamenca Brujas sus oficinas para la publicación de buenos libros, daba á luz uno cuya esmerada edición, con bella portada rubro-negra, en hermosos caracteres góticos atrae desde luego la atención de los inteligentes. Titúlase el libro *Lettres d'Espagne*, par la *Comtesse J. de Robersart*. Al recorrer sus páginas se echa de ver luego que la obra tiene notable mérito y peculiar encanto. Y con todo y á pesar de referirse á nuestro país, tal vez al estar escrita en extranjero idioma, y aun la índole misma del libro, por las circunstancias especiales de gusto y de ingenio que para apreciarlo cumplidamente se requieran, explica cómo en España no han obtenido estas cartas de España un éxito ruidoso para el público en general, limitándose su aplauso á un más reducido círculo de escogidos lectores.

Lo cual se explica, como decimos, por las circunstancias peculiares de la obra; pues tiene ésta, por lo demás, los méritos que en las de su clase se requieren.

Escrita en cartas dirigidas á amigas queridas, no es una descripción minuciosa, ordenada y difusa del país; y sin embargo, con los gráficos rasgos y animadas expresiones de su ingeniosa frase, nos hace formar tal vez ideas más exactas que las que una pesada y extensa relación nos suministraría, ora del aspecto de las regiones, ora del carácter y costumbres de los habitantes. De todo esto nos presentan á veces imagen viva unas cuantas pinceladas, iluminadas por los reflejos de un feliz talento, nos presentan, decíamos, una imagen más viva que la que pudiéramos sacar de engolfarnos en las multiplicadas, pero áridas indicaciones de una fatigosa guía del viajero.

Por otra parte, las nociones que adquirimos en una lectura amena también, como aprendidas con placer, más fácilmente se retienen.

Contribuye aquí á aumentar, así la amplitud de las noticias, como el agrado del libro, el ser éste una colección de cartas. Lo cual permite que en unas se completen y se presenten á nueva luz los pormenores de otras, y ofrece, además, el atractivo especial de la forma epistolar, donde naturalmente sobre el fondo del asunto se dibuja siempre la personalidad del que escribe, y aun algo la de aquellos á quienes se escribe; viniendo esta forma á difundir en una obra literaria aquel mismo realce y encanto que á un cuadro de paisaje comunican, bien que accesorias, las figuras.

Además, y prescindiendo del lenguaje cuyas bellezas ó defectos en un idioma extranjero es tan difícil apreciar, basta comprender el en que se hallan escritas estas cartas para poder admirar los primores de un estilo vivo, animado, chispeante, mimoso, que espira por doquiera un aroma de refinada á la par que natural elegancia. Méritos son estos bastantes á que el cortesmente ingenuo prologuista de la primera edición considerase: que el libro añadía á las glorias del país belga la de tener un escritor francés. Dictamen en verdad altamente honorífico; fallo que adquiere singular importancia, si atendemos á la competencia del juez que lo pronuncia. No hay firma al pie de ese prólogo; pero, como los lienzos de Rafael y de Murillo, pueden acaso conocerse sin ella las producciones de aquel talento maravillosamente flexible con que así aterraba á los liberales el polemista católico, como componía este delicado y discretísimo prólogo el gran escritor de la Francia contemporánea, Luis Veuillot.

Mas, aunque á cualquiera sea grata é interesante la lectura del libro, podrán sólo apreciarlo en todo

su mérito aquellos que no sean por completo extraños á la esfera de ideas, hábitos y cultura en que vive y se desenvuelve el espíritu de la autora. Séanos lícito, para expresar mejor nuestro pensamiento, presentar el ejemplo de lo que en otro orden de ideas sucede con la obra inmortal del gran poeta florentino. Podrá cualquiera persona culta y de gusto hallarlo en las grandiosas bellezas de la *Divina Comedia*. Pero el que lee aquellas páginas con conocimiento más profundo de los estudios que informaron la mente de Dante, comprende que el supremo deleite de aquellos cantos está reservado á quien junto con las nociones históricas de la revuelta Italia de los siglos medios el conocimiento de los saberes teológicos y de la escolástica filosofía. Así, pues, y no llevará á mal la autora que añadamos aquí un

Si licet in parvis exemplis grandibus uti
(OVID.)

así, pues, estas *Cartas de España*, cartas de una noble señora extranjera, entusiasta, ingeniosa, instruída, piadosa, viajadora, requieren, para ser apreciadas en todo su mérito, que el lector no sea ajeno

al conjunto de ideas, trato y hábitos de una sociedad aristocrática, ni haya dejado de saludar otras lenguas y otras tierras allende la propia patria.

Con tales circunstancias, podrá apreciarse mejor el mérito y las bellezas del libro, por más que, aun sin ellas, ofrezca siempre grato solaz y provechoso conocimiento el seguir en aquellas páginas la serie de viajes de la autora.

Partió ésta de París en la primavera de 1863. Hizo sus viajes con las peripecias consiguientes á la mezcla de trozos de ferrocarril en explotación y diligencias combinadas con ellos que regía entonces en el trayecto de Francia á Andalucía; pasó por Madrid, visitó las ciudades andaluzas, trepó á la pintoresca Ronda y atrevióse por fin á cruzar en no ligero barco, las olas del Mediterráneo y llegar hasta Tánger. Ancho campo ofrecía, por lo tanto, semejante expedición, para la fácil y bien cortada pluma de la Condesa.

Con espontáneos y elegantes rasgos, ha trazado en él una imagen de sus expediciones, donde si puede hallarse tal vez alguna escasa y harto discul-

RUINAS DE ESPAÑA.



ANTIGUA CATEDRAL DE LÉRIDA, CONVERTIDA EN CASTILLO.

pable equivocación, es sin perjuicio de la exactitud y acierto del relato en general. Y ha dejado, á la par, impreso en esos rasgos, el reflejo de su ameno ingenio, de su afición á lo pintoresco y artístico, de sus sentimientos religiosos y de su profunda estimación hacia nuestro país.

Porque esmaltan estas cartas aquellos pensamientos de feliz gracejo que ningún arte puede enseñar, fruto espontáneo de un espíritu que sorprende sin malignidad, pero con agudeza, el aspecto cómico de los sucesos. Véase, por citar entre mil un ejemplo, con cuánta gracia indica en su famoso paje Sixto el horror al agua, procedido no, ni con mucho, de la terrible enfermedad, que en vocablos griegos lleva ese nombre, sino sencillamente de la mayor afición al zumo de las uvas; preferencia tan natural en un escudero flamenco.

Gana también las simpatías de los lectores el leal afecto de la autora para con sus amigas; afecto que al reflejarse en estas cartas, nos da no sólo favorable idea de quien tales sentimientos abriga, sino de quienes lo han inspirado. Por cierto que la

autora acomoda con singular tino sus cartas al carácter de cada una de sus amigas; pues además de su querida señorita de Grammont, á quien van la mayor parte de estas cartas, hay otras personas de quienes la Condesa nos ofrece indirectamente en sus respectivas cartas favorable juicio. Ni es entre esas amigas la menos simpática, una á quien se designa tan sólo con los nombres de pila, y que parece, por eso y otras circunstancias, ser persona consagrada al Señor con votos religiosos. Y es que las virtudes de una extraordinaria abnegación, no podrán menos de cautivar á todo corazón noble.

En los juicios que emite á menudo sobre cuadros, edificios, etc., se ve á la señora de esmerada educación que sin las pretensiones de un crítico de oficio, admira la belleza artística, y la prefiere en los monumentos donde se ve con un sello peculiar de gracia y no con el de una severa austeridad, no menos bella tal vez, pero siempre menos simpática para una dama. Admira también doquiera la gracia y la hermosura; admira el singular aspecto y gallardía de las mulas del coche; admira los espléndidos paisajes de

la España meridional; admira aquel cielo puro, aquellas aromadas brisas, y hasta admira (singular indicio de generoso ánimo en una señora no desfavorecida de naturales gracias), hasta admira á las mujeres hermosas. Dígalo si no el elogio que hace de aquella que en Granada dió ocasión á una bien intencionada, si poco diplomática, exclamación de su doncella y á la graciosa respuesta de la Condesa.

¡Y cómo de estos rasgos de ingenio sabe la escritora pasar con naturalidad á graves consideraciones de religioso carácter, ora comparando con su viaje el de esta vida hacia la eternidad; ora mostrando cuán preferible es á las vanidades del mundo una vida pasada en el recogimiento y la devoción y en el cumplimiento de los cotidianos deberes, y que lejos de ser prosaica semejante existencia, está en ella la verdadera poesía de la vida; ora evocando el pensamiento de la muerte, á cuya luz se ven en su verdadero color las naderías del tiempo, las grandezas de la eternidad!

Efectos son tales reflexiones de un ánimo sinceramente religioso, y dejan en el lector grata impresión,



EL MES DE SETIEMBRE.

indicándole la atmósfera de piedad en que se ha formado el espíritu de la autora y de sus amigas.

Semejante espíritu es, por otra parte, una excelente disposición para poder conocer y estimar un país como España. Y así vemos que en el libro se muestra más de una vez el juicio favorable que á la escritora merece nuestra nación. Sus sentidos elogios forman contraste con las necedades que acerca de España han consignado otros extranjeros, cuyas extraviadas ideas les cegaban para no ver el fondo de grandeza que, no obstante los estragos de la revolución, conserva esta tierra clásica del catolicismo.

De nuestras anteriores apreciaciones no hemos hecho citas literales ni aun con una simple referencia á las páginas del libro: que si las recorre el lector fácilmente hallará los pasajes á que aludimos. Mas aquí no queremos resistir al deseo de copiar el siguiente trozo:

«Te han dicho que España me parece una visión de hadas, un paraíso; que se ven do quiera los brillantes vestigios de aquella potencia que era la primera del mundo, de aquella reina de las naciones en cuyos dominios no se puso el sol; que comprende uno que pasa aquí por una tierra santa regada con la sangre de los héroes cristianos; que aquí domina aún gracias á Dios, la fe, y que esta es de verdad la nación católica de San Vicente Ferrer, San Félix de Cantalicio, Santa Teresa, San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier, la gran nación del Cid, de Vargas, de Isabel la Católica, de Cisneros, etc.»

Pero hagamos alto y no nos engolfemos en un examen minucioso de la obra. Bástenos las indicaciones ya consignadas: no vayamos acaso á escribir un artículo pesado que contraste con el tono general del libro que examinamos, modelo de delicadeza y de gracia. Confesamos que para describirlo bien se necesitaría el ligero y ameno estilo de su autora, y desde luego una pluma más habil que la nuestra y avezada á plegar la nativa gravedad del hermoso idioma español á los discreteos y donosuras de ingenio que lindamente esmaltan estas cartas.

Ni terminaremos sin advertir que en esta nueva edición se ha añadido una segunda parte, formada con las cartas de un viaje emprendido años después, pasando desde algunos pueblos del Mediodía ya ántes visitados, á las regiones del Norte de España; regiones de no menos importancia é interés, pero tan diversas de las comarcas andaluzas. En cambio, si los países recorridos presentan carácter tan desigual, no lo es el estilo de la mano que los retrata. Los mismos méritos de la primeras cartas encontramos en las segundas, y parecemos que cuando á su tiempo las recibió en esta edición el egregio escritor cuya reciente muerte lloramos, habrá confirmado los juicios de su prólogo. También nosotros estábamos en no modificar respecto á esta segunda parte el juicio ántes formado, y que en las líneas que acabamos de escribir extendíamos á toda la obra. Pero hemos tomado en seguida el libro, hemos recorrido las nuevas cartas para confirmarnos en nuestro aserto, y, fuerza es decirlo, hemos modificado nuestra opinión: confesamos que no son del todo iguales á las primeras estas segundas cartas; porque..... porque son mejores.

ANTONIO GARCÍA V. QUEIPO.

EL HOGAR Y EL CAFÉ

EL COMPARAR el modo de vivir de nuestros abuelos con la vida que lleva el hombre en la sociedad moderna, asoma á la vez una sonrisa á los labios del escéptico y á los del católico.

La del primero, de desdén para la sociedad antigua; la del segundo, de compasión para la sociedad actual.

El escéptico, que no puede comprender los encantos de una vida tranquila y virtuosa, al ver la austeridad y pureza de costumbres de nuestros antepasados, desprecia aquella sociedad que para ser feliz no necesitaba grandes espectáculos y regocijos públicos.

El católico, porque comprende que la dicha no se encuentra en medio del bullicio de los placeres del mundo, compadece á una sociedad que necesita teatros, hipódromos, parques, exposiciones, y que vive en continuo movimiento, porque no encuentra en parte alguna su bienestar.

La filosofía racionalista ha inventado la especie de que el hombre es más feliz cuanto mayor es el número de necesidades que pueden satisfacer. Nada hay, sin embargo, tan sofístico como este principio. La experiencia enseña, y la razón explica perfectamente, que las necesidades crecen á medida que aumentan los medios de satisfacerlas, que el corazón humano es insaciable y que vive con más

tranquilidad cuanto menor es el número de apetitos que le aguijonean.

A medida que crecen sus necesidades, el hombre necesita realizar sendos esfuerzos para proporcionarse el medio de satisfacerlas, y cada esfuerzo significa un nuevo sufrimiento, de modo que con razón se ha dicho que el hombre pierde hoy la vida por la vida.

No un artículo, sino una larga serie de artículos podríamos escribir sobre este asunto, y estamos seguros de que no nos habría de faltar materia para ello; pero como estamos también convencidos de que tal vez les faltaría á nuestros lectores la paciencia para seguirnos en estas investigaciones filosóficas, preferimos fijarnos en una costumbre de nuestros días, para que sirva de ejemplo á lo que venimos sustentando.

El que vive de su trabajo necesita algunas horas al día para su solaz y esparcimiento, á fin de recobrar nuevas fuerzas y reanudar con más aliento sus tareas.

Nuestros abuelos hallaban en el seno del hogar doméstico el reposo que necesitaba su cuerpo, experimentaban además allí el gozo que siente el alma al cumplir con los santos deberes de buen padre de familia, y no necesitaban más para vivir dichosos.

Hoy ya no es la casta esposa la que enjuga la frente bañada de sudor del marido que vuelve rendido del trabajo; ya no se recrea éste, en sus horas de descanso, con los juegos infantiles de sus hijos; ya no se complace dirigiéndoles y educándoles.

El hombre de nuestros días permanece únicamente en su casa el tiempo preciso para comer y para dormir, y sólo algún poeta melancólico se atreve á contar las dulzuras del hogar, que oímos sin comprender, ó que á lo más consideramos como un sueño ó una extravagancia de su imaginación.

Ya no satisface al hombre del siglo la vida tranquila del hogar; hoy necesita más animación, más bullicio; tiene muchas más necesidades que satisfacer, y prescindiendo de si estas necesidades son ó no facticias, y de si en su satisfacción halla menos goces de los que hallaban nuestros abuelos en su vida tranquila, no es posible desconocer que la actividad de la industria y del arte desplegada hoy, proporciona los medios para que el hombre viva, si no feliz, á lo menos contento y engañado con la posesión de algunos bienes materiales, como vive contento y engañado el niño con algunos juguetes de cartón.

Por esto al huir el hombre de su casa, encuentra en mitad de las oscuras calles de nuestras grandes ciudades un oasis tentador que le brinda nuevos placeres desconocidos de nuestros antepasados: este oasis se llama el café.

Ya antes de franquear sus puertas, una voz dulce y seductora como la de una sirena le sale al encuentro: es la voz del piano que preludia las obras maestras de los más famosos músicos. Vastos salones adornados con todas las magnificencias del arte; espejos de Venecia, que multiplican las distancias; ricas pinturas, artesonados de oro, caprichosos jarrones de Fayance, cristales de Baccarat, esculturas de mármol de Carrara, surtidores de agua que refrescan la atmósfera cayendo como sonora lluvia de perlas sobre los verdes abanicos de plantas tropicales, le ofrecen una morada suntuosa que recrea sus miradas, y haciéndole olvidar la modestia de su hogar, se enorgullece creyéndose dueño por algunos momentos de aquel palacio de hadas.

El humo del tabaco que sale de cien bocas, forma una nube azulada como el velo que tiende la distancia sobre los objetos lejanos, hace palpable la atmósfera de los salones y contribuye á aumentar la ilusión.

Allí arrellanado en cómodos asientos, saborea su paladar el delicioso café y las golosinas más exquisitas y raras. Allí lee en un sinnúmero de periódicos, nacionales y extranjeros, las noticias de lo que ocurre en las cuatro partes del mundo. Allí habla de negocios, disputa de política, da su opinión en los asuntos más trascendentales de las ciencias y de la filosofía, aunque no sea tal vez más que un simple dependiente de comercio que no tiene por lo mismo más conocimientos que los que necesita para ejercer su honrosa profesión. Allí, por último, ve transcurrir sus horas de descanso, olvida sus deberes de jefe de familia, en medio del estruendo de risas, gritos, exclamaciones, murmullos de la multitud que se sienta alrededor de las mesas, y sale de allí con los ojos hinchados, las mejillas encendidas, con el vértigo en la cabeza, y tal vez el tedio en el corazón, para volver quizá más cansado que antes á su trabajo.

—¿Es más feliz?

—¿Qué importa, si cree serlo? contestará el filósofo del siglo.

—Pero ¿no creían también serlo nuestros padres á menos costa?

—¿No es verdad que la higiene condena la vida agitada, causa principal de la anemia que corroe la sociedad moderna y que abre tantas tumbas antes de tiempo?

—¿Qué importa? Importa una cuestión de vida ó muerte; importa saber si en busca de los placeres materiales, á los cuales se entrega hoy la humanidad, olvidando los verdaderos goces del alma, encuentra la muerte.

Si es cierto, y todo el mundo conviene en ello, que en la tierra es la felicidad relativa, ¿por qué no hemos de preferir los placeres positivos de una vida virtuosa, á los vanos placeres de una vida disipada, ó cuando menos de una vida agitada?

Hoy la vida pública absorbe la vida de familia, y por los poquísimos detalles que la falta de espacio nos ha permitido dar acerca de lo que tomamos como ejemplo de nuestras aserciones, fácilmente se comprenderá que las costumbres modernas son altamente nocivas á la vida humana; y aun tratando esta cuestión bajo el punto material, debe esto alarmar á los mismos ateos materialistas, porque la felicidad para ellos debe únicamente consistir en gozar mucho y vivir mucho, y al fin y á la postre se verán obligados á convenir que fuera de la senda trazada por la Religión, ni siquiera se encuentra la dicha que se nos ofrece con los goces materiales.

P. C.

LOS GRABADOS

LA EDUCACIÓN DE SAN JUAN BAUTISTA,
cuadro de la moderna escuela alemana

La educación de San Juan Bautista no debió parecerse á la de ningún nacido, puesto que si los demás Santos se santifican en la vida, San Juan fué santificado antes de nacer. Por eso de este Santo es del único de quien se celebra la Natividad: de todos los otros se celebra la muerte gloriosa.

¿Cómo se educaría un niño que era Santo, hijo de Santos, y llamado á ser el precursor del Santo de los Santos?

Esta peregrina idea es la que ha inspirado el cuadro del pintor alemán Cassel, de la escuela de Owerbeck, cuyo grabado publicamos. En él aparecen tres encantadoras figuras: la de San Juan, la de su anciana madre Isabel y la de su inmaculada tía la Virgen Nuestra Señora. El niño recoge las tiernas y sublimes enseñanzas de estas angelicales mujeres, que forman la preparación necesaria á su cruzada en el desierto. Respira la escena la divina calma de los misterios evangélicos, y la ejecución del cuadro es tan delicada como puede apetecerse.

El Evangelio será siempre la fuente más fecunda para la inspiración de las artes.

ANTIGUA CATEDRAL DE LÉRIDA, CONVERTIDA EN CASTILLO

Puso la primera piedra de este venerable monumento de la arquitectura hispano-cristiana Don Pedro II el Católico, rey de Aragón, el 22 de Julio de 1203, según se lee en una lápida antigua entre el presbiterio y el crucero. La portada, de puro estilo gótico, es hermosa hoy todavía á pesar de las sacrilegas mutilaciones. El claustro, tan singular como pintoresco, presenta un carácter tan marcadamente árabe, que apenas bastan á hacerlo olvidar las ojivas y figuras de los capiteles. La cruz latina, con sus arcos, columnas y preciosas ventanas bizantinas, es de lo más acabado en su género, así interior como exteriormente.

Tan magnífico templo, verdadera corona de Lérida, fué convertido en castillo y cerrado al culto desde el año 1707, en que, tomada Lérida por los ejércitos de Felipe V, el gobernador, Conde de Lovigni, ordenó al cabildo que se trasladase á otra iglesia de la ciudad, á pretexto de hallarse aquella en el recinto fortificado. Así se condenó á perecer, dice el *Diario de una peregrinación* de nuestros amigos Fernández Sánchez y Freire, una de las joyas de arte más preciosas de nuestra patria.

En efecto, la antigua Catedral de Lérida pertenecía á esa magnífica serie de templos y catedrales que se levantaron en España desde el siglo XII al XIII, y era hermana, por lo tanto, de las de Tarragona, Avila, Sigüenza, Cuenca y otras varias no menos severas y venerables. Ocupaba, como la de Tarragona, la cumbre de la colina sobre que se halla extendida la ciudad, sin duda porque se aprovecharon en su construcción los restos de los templos árabe y romano, que allí, en la sucesión de los tiempos, debieron alzarse.

Hoy, como puede verse por el grabado, es un trozo de castillo, ó más bien el castillo mismo, desmantelado y maltrecho, rodeado de muros y fosos, página de antiguas glorias y de modernos desastres. No era nuestro siglo, á pesar de sus alardes de progreso, el que había de restaurar la antigua Catedral de Lérida, y en efecto, mutilada de nuevo en estos tiempos, ha continuado sirviendo de castillo, y día llegará en que sea un montón de ruinas como tantos otros monumentos barridos por el huracán del vandalismo moderno.

EL MES DE SETIEMBRE

Después de los ardientes calores del estío y ántes de que el invierno despliegue sus guerrillas en forma de vientos, lluvias y escarchas, viene el mes de Setiembre coronado de racimos, á ofrecer á los labradores los exquisitos frutos de árboles y vides, las apacibles tardes tan propias de las fiestas campestres y el regalado descanso de las rudas tareas del

Agosto. El mes de Setiembre es como el festín de los trabajos agrícolas, es el bñdis con que termina la época de la recolección, tan penosa en la siega, en la trilla y en las demás operaciones del riguroso verano. Para que nada falte á los regalos de Setiembre, es también época de caza, como si el campo, después de dar sus frutos naturales, quisiera obsequiar á sus amos con los sabrosos bocados de los conejos y las aves que en él viven, se crían y se alimentan.

Nuestro grabado, que es una preciosa y animada alegoría del mes de Setiembre, representa muy al vivo las tareas y regalos de la estación, dominando, como es natural, las operaciones de la vendimia.

Por desgracia la filoxera parece empeñada en aliviarnos de esta grata y fecunda tarea. Si el mal se consumase, sería una de los más terribles castigos con que la justicia de Dios va doblegando la soberbia de nuestro siglo.

EL PADRE JUAN EVERARDO NITHARD,
De la Compañía de Jesús.

Era alemán, pero como viniese á España en calidad de confesor de la Reina Mariana de Austria, Regente en la minoría de su hijo Carlos II, se naturalizó español y obtuvo las más altas dignidades, como las de Inquisidor general, Embajador y Ministro.

Gozó de toda la confianza de la Reina Madre, y por esto fue objeto de la guerra más enérgica de parte de D. Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, que aspiraba tenazmente al poder. La influencia del P. Nithard fue tan extraordinaria, que en ocasiones fue el árbitro supremo de la gobernación interior y de la política en el exterior, aunque no tuvo aquel acierto y fortuna que los negocios de España, cada vez más embrollados, exigían.

El P. Nithard procedió en ocasiones con severidad y firmeza contra el bastardo de Felipe IV, pero puesta la opinión de parte de éste, se atrevió á sublevarse á la cabeza de algunos descontentos, consiguiendo amedrentar á la Reina y que desterrase á su confesor, aunque con el carácter de Embajador extraordinario cerca de la Santa Sede.

El Papa Clemente X le nombró Arzobispo de Edesa, y nunca más volvió á España, donde algunos le echaron de ménos por causa del torpe gobierno de su enemigo y sucesor.

MARÍA DE GOES

(Siglo XVI)

SEGUNDA PARTE. — ESPAÑA.

XVII

El regreso.



HABÍA pasado el otoño: el invierno había tendido durante algún tiempo un tapiz de nieve sobre las escarpadas cumbres de los montes Cantabros: al fin el templado aire de la primavera había reemplazado á la escarcha con las blancas flores de los almendros; resonó el alegre Aleluya de la Pascua, y Gonzalo no estaba de vuelta.

Nos hallamos en la víspera del Corpus; las campanas anunciaban la solemnidad del día siguiente; en frente de los jardines del alcázar había un gran altar, adornado con guirnalda de frescas rosas, dispuestas en forma de arcos: las flores embalsamaban el aire; y María después de haber concluido de disponer el altar donde Dios debía reposar al día siguiente, se había sentado llena de cansancio junto á su tía, que rezaba las devociones al Santísimo Sacramento. El sol se estaba poniendo por detrás de los árboles, y cuando el ruiseñor suspendía sus armoniosas cadencias, no se oía el menor ruido en aquella pura y serena atmósfera.

— Hija, dijo de pronto Doña Ana, ¿oyes?

— No, tía.

— Me parece que oigo pasos... pasos precipitados. No había acabado de hablar, cuando un hombre se le venía acercando por la calle de moreras; su alta estatura se distinguía en medio del sonrosado horizonte; conocieronlo ambas; él también las vio y se fué corriendo hacia ellas.

— ¡Hijo mío! ¡hijo de mi corazón! exclamó la condesa arrojándosele al cuello.

Pero de repente se le cayeron los brazos, se rindió con el peso de aquella fuerte sensación, y el hijo tuvo que colocarla pálida y trémula en el asiento de cesped que acababa de dejar.

Al pronto volvió en sí, y con voz en que se notaba la alegría, dijo:

— Gonzalo, tú vuelves y María está libre; será tu esposa. Toma su mano, que ella me permite dártela. Cogió la mano de María, y con amabilidad se la entregó á Gonzalo. La joven bajaba los ojos, y su hermoso semblante, cubierto con un rubor virginal, estaba lleno de serenidad y de modestia.

Pero Gonzalo, sin mirarla, retrocedió, dejando caer la mano que le ofrecían, y diciendo en voz baja estas pocas palabras:

— Es demasiado tarde. He hecho ya mi profesión; soy caballero de Malta.

— ¡Hijo mío! exclamó llena de dolor la condesa, ¿qué es lo que has hecho?

— ¡Ah! Gonzalo, dijo María, poniéndose de rodillas junto á la condesa; ahora veo que me ha amado usted demasiado.

— He querido, contestó, compartir el sacrificio de usted; y por indigno que de ello fuese, me he entregado todo entero en obsequio de usted y de aquel á quien usted me prefería. No he podido hacer más.

Quedáronse sin decir palabra: aquellos corazones, tristes y llenos de resignación se entendían sin hablar. María se retiró así que pudo, y no volvieron á encontrarse hasta el día siguiente al pie del altar formado en el jardín. Por última vez alzó ella la vista hacia su primo, que estaba de rodillas con el traje de la orden y llevando en el pecho la cruz blanca de los caballeros. Su figura varonil había adquirido cierta austeridad, que indicaba las luchas que aquella alma debió sostener, y que traía á la memoria á aquellos soldados que desde los campos de batalla pasaban al desierto. Estaba orando con fervor y con los ojos fijos en el Santísimo Sacramento.

María bajó los suyos y dijo para sí:

— ¡Dios mío, vos lo habéis querido; hágase vuestra santa voluntad! Adoro vuestros designios sobre mí, aun cuando crucifiquen mi corazón.... pero dignaos consolar á esa pobre madre. Yo, Señor, por lo que á mí toca, nada más deseo; no tengo sino gracias que daros por vuestros beneficios. Habéis recibido en el seno de vuestra misericordia á mi padre y á Herberto, y me acercáis á Vos por medio de estas nuevas pruebas. ¡Ah, Señor! Yo también quiero padecer; pero os ruego que hagáis dichosos á los que tanto me han amado.... Señor mío Jesucristo, bendecid á este soldado vuestro, al que lleva vuestra honrosa librea....

La oración es el bálsamo del alma, que cura las heridas, presentándolas delante del Médico Supremo. María y Gonzalo lo experimentaron así: se hallaban heridos en los sentimientos humanos, en el deseo natural de la dicha; y á pesar de ello no se consideraban desgraciados, porque la mano de Dios los sostenía. El sentimiento del deber cumplido y de un noble sacrificio fortalecía su valor; la idea de vivir únicamente para Dios se les presentaba á ambos en su íntima dulcedumbre; y si venía á turbarlos el recuerdo de la unión que habían soñado, el cielo se abría á sus ojos, el cielo donde no existen las miserias de la tierra, donde no hay ausencia ni muerte; y juntos seguían los pasos del Cordero, que los llevaba á las fuentes vivas y que enjugaba las lágrimas de sus ojos.

Gonzalo pasó ocho días en casa de su madre: fueron estos días de formalidad, pero apacibles y serenos: ninguna palabra recordó lo pasado, que en lo sucesivo quedó como sepultado para aquellas almas sumisas; y sólo antes de regresar á Malta, tuvo Gonzalo una corta conferencia con la señorita de Goës.

— Prima, dijo, Dios lo ha ordenado bien llamándome á servirle, y no daré el nombre de sacrificio al sagrado voto que con Él me liga; ¡bendito sea por habérmelo inspirado! Sólo me aflige mi madre: he dispuesto de mí sin pedirle permiso, le he arrebatado su hijo.... Prima, reemplázame usted y no la abandone; sea usted su hija.... ¿Me lo promete usted?

— Se lo juro, contestó María; ese era mi plan y mi deseo.

— ¡Dios sea con usted, María, y la colme de bendiciones!

No pudo concluir, porque un sentimiento comprimido ahogaba su voz: de este modo se separaron, y María dijo otra vez:

— ¡Me ha amado con exceso! ¡Dios lo ha permitido así!

XVIII

La soledad.

Doña Ana había perdido lo único que amaba en el mundo; pero su alma era demasiado noble para que el pesar pudiera alterar sus sentimientos; y á María le dispensó, aún si cabe, mayor cariño, como si aquella á quien su hijo amó tanto y á quien todo lo había inmolado, le fuese por eso mismo más querida que nunca. María á su vez reconcentró todos sus afectos en aquella infeliz madre que Gonzalo había encomendado á sus desvelos, la amó, la veneró como hija, procurando llenar algo de aquel inmenso vacío que se formara alrededor de su tía después que su hijo había renunciado á su familia. Volvieron á sus antiguas ocupaciones, á sus rezos y á sus visitas á los enfermos. Pero el rayo de sol que

por un instante resplandeció sobre ellas, consolando la viudez de la una y la huérfana juventud de la otra, este rayo consolador había desaparecido.

El mundo, entre tanto, buscaba á las dos solitarias; porque la fama del gran caudal y de la admirable hermosura de la señorita de Goës había llegado hasta Madrid y despertado muchas ambiciones y esperanzas. Sabían que el rey mismo había hablado de ella y de sus virtudes y firmeza, habiéndola elogiado con una de esas breves palabras que los cortesanos escuchan y rocen; y era de esperar que le estuviese reservado un magnífico porvenir al que se casara con aquella noble joven. Hubo, pues, muchos pretendientes; los antiguos amigos de la condesa de Osorio trataron de renovar sus relaciones con ella; pero María se manifestó tan fría y reservada, que muy pronto los pretendientes se alejaron de allí. Poco á poco la corte olvidó el camino del viejo alcázar, y ambas señoras continuaron en entera posesión de aquella libertad, donde habitaban con Dios y con sus recuerdos. Viendo el mundo que ellas no querían vivir para él, las dejó por completo.

Había, sin embargo, ciertos huéspedes á los cuales nunca se negaba la hospitalidad, y eran aquellos á quienes Dios al parecer enviaba: los pobres encontraban siempre en el alcázar de Osorio habitación, cama y comida; los peregrinos que atravesaban la España para ir á pedir alguna gracia en el sepulcro del apóstol Santiago ó en el antiguo templo de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, eran igualmente recibidos en la posesión de Osorio y presentados á las castellanas, á quienes edificaban con sus relaciones; y los religiosos que iban de viaje y que participaban del doble carácter de pobres y de peregrinos, se veían acogidos como los ángeles en la tienda de los patriarcas. Una noche, pues, vinieron á decir á Doña Ana que dos religiosos estaban en la puerta del alcázar, pidiendo una habitación, un poco de pan y un vaso de agua.

— Que entren, dijo al momento, y denles ustedes pronto de comer.

Volvióse á abrir la puerta, y se quedaron detenidos en el umbral dos religiosos con los ojos bajos y las manos cruzadas sobre el pecho. Traían la túnica de color pardo y el manto blanco de los Carmelitas; pero contra la práctica ordinaria, sus cabezas estaban raídas y sus pies calzados con unas toscas alpargatas. Ofrecían entre sí perfecto contraste, tal como lo hubiera deseado un pintor que hubiese tenido que representar á Jacob y á su joven Benjamín, ó al Papa Sixto y á su santo diácono Lorenzo. El primero era un anciano que rayaba en los límites de la vida humana; noventa inviernos habían nevado sobre su cabeza, aunque sin haber podido disminuir su vigor ni su serenidad. Su estatura elevada, enjuta y derecha, su aire majestuoso bajo los vestidos de forma antigua, su mirada sencilla y penetrante, su semblante moreno y surcado con arrugas, todo recordaba en él á aquellos solitarios que por espacio de un siglo vivían en las cuevas, sin tener sino una palmera y una fuente, ignorados del mundo y familiarizados con el trato de Dios, que les enviaba sus aves para que les sirvieran y sus leones para que les abriesen su sepultura. El segundo acababa de salir de la adolescencia: hermoso como el San Miguel de Rafael, el pudor y la modestia resplandecían en su rostro, comunicando á aquella pura frente una gracia casi celestial. Oía en silencio á su venerable compañero, que con humildes y nobles palabras pedía un asilo para la noche.

Una hora después ambos viajeros habían descansado y comido, y entonces Doña Ana se tomó la libertad de preguntarles á qué Orden pertenecían.

— A la de los Carmelitas, respondió el anciano, que se llamaba el padre Heredia; pero de los Carmelitas descalzos de la estricta observancia.

— Usted dispense, repuso Doña Ana, había yo oído decir que una mujer, una religiosa, trataba de llevar á cabo esa reforma en los monasterios de su sexo; pero no sabía que los hombres la hubiesen adoptado.

— Dios lo ha permitido, dijo el religioso. La madre Teresa, escogida por Dios para restituir al orden de Elías su primitivo fervor, tiene un compañero en esta tarea.

— ¿Quién es?

— Un religioso de nuestra casa de Medina del Campo, llamado Juan de la Cruz, que es un gran servidor de Dios.

Ocultaba el anciano en su profunda humildad que él había compartido las primicias de la reforma en la pobre granja de Durnelo.

— ¿Y qué hace? preguntó María.

— Supera en humildad á todos sus hermanos y sabe padecerlo todo y perdonarlo todo. Dios ha querido probar su humildad: ha tenido perseguidores entre sus propios hermanos los Calzados, cuyo hábito llevó en otro tiempo. Lo han preso, maltra-

tado é infamado; mas no parecía sino que cada ultraje aumentaba su amor hacia los que le hacían padecer; y favorecido con los consuelos divinos y elevado á altísima contemplación, no ha pedido al Señor sino una sola cosa: *padecer y ser despreciado por su amor*.

El religioso se quedó callado, como si estuviera meditando sobre aquellas palabras.

— ¿Y conoce usted á la madre Teresa? volvió á preguntar la señorita de Goës.

— La he visto, dijo, y durante mi larga vida no he encontrado un corazón que amara mejor á ese grande y bondadoso Señor á quien servimos. Si la herejía arranca muchos pueblos á la Iglesia, Jesucristo consuela á su esposa, haciendo nacer en su seno estas almas extraordinarias, que por medio de sus virtudes dan testimonio de la verdad.

Siguieron ellas preguntando; y el anciano, lleno de días y de experiencia, les habló de Teresa de Jesús y de Juan de la Cruz con un entusiasmo que por lo común no conoce la vejez.

— Estas dos almas y las que Dios ha puesto bajo la dirección de ellas, les decía, reparan los ultrajes que la herejía hace al Señor.

Tales relatos, en que se presentaban como las visiones de un mundo mejor, hicieron profunda sensación en María y en Doña Ana. La primera estaba siempre repitiendo unos versos de Teresa de Jesús que el venerable carmelita le había citado:

Vivo sin vivir en mí;
y tan alta dicha espero,
que muero porque no muero.

Estas aspiraciones convenían perfectamente al estado de su alma, y un secreto deseo de soledad y de penitencia nacía en su corazón. Parecía que, después de tantas penas, hallaría el descanso en aquella vida inocente y fervorosa, que recordaba la de los primeros cristianos. Este deseo se acrecentó, y sin apartarse del deber filial que ella había aceptado, le designó un objeto á su porvenir, llenando su corazón con una austera esperanza, que sin embargo no carecía de dulzura.

La visita de los dos religiosos se había asemejado á la de los ángeles, que indican al hombre el camino que debe seguir y cuyo paso deja como un surco luminoso que conduce al cielo.

XIX

La religión del Carmen.

Habían pasado cuatro años; la condesa de Osorio acababa de exhalar el último aliento en los brazos de su hija adoptiva, colmándola de cariñosísimas bendiciones, y pocos días después una joven llegó á Burgos, preguntando por la madre Teresa de Jesús, que acababa de fundar el monasterio de esta ciudad. Aquella á quien toda España denominaba la Santa, se presentó detrás de las rejas del locutorio: su velo, medio alzado, dejaba ver su pálido semblante, su fisonomía noble y alterada con los padecimientos y con los trabajos; sus ojos, que habían visto los misterios ocultos á las miradas de los mortales, y que parecían iluminados con un fuego interior, bajólos sobre la señorita de Goës, quien hincada de rodillas le dijo:

— Mi reverenda madre, vengo con la pretensión de entrar en vuestra santa casa. Nada tengo que me ligue al mundo; y desprendida de él, os suplico me recibáis y me encaminéis hacia Dios, que es todo mi deseo. Os elijo por mi madre y mi guía.

— Hija mía, respondió con dulzura Santa Teresa, yo soy la nada, menos que la nada; porque la criatura no es sino una mata de romero seca, sobre la cual no se puede hacer ningún apoyo; pero la cruz será el asilo de usted, que pondrá toda su confianza en el que está clavado en ella.

Entre tanto que se hacían los preparativos para su ingreso en religión, María logró entrar en el convento que una inundación terrible había estado á punto de arruinar. Admirada quedó al entrar en aquella morada, sintiendo mayor gozo que jamás sintió triunfador alguno al subir las gradas del Capitolio. No extrañaba nada, y sin embargo, ¡cuán diferente era todo según las ideas humanas! Veía á su alrededor una pobreza incomparable, una carencia aun de lo que á los pobres les parece absolutamente necesario, una humildad que se manifestaba por medio del silencio, por el desprecio de sí misma y por los actos exteriores de humillación más contrarios á la naturaleza; una mortificación igualmente ingeniosa para crucificar el cuerpo y el espíritu; y entre tantas penas, en un camino tan opuesto á los instintos humanos, hallaba una caridad angélica, amable, desprendida, y una alegría inocente, cual no la conoce el mundo: la alegría de los hijos de Dios.

La madre Teresa de Jesús deseaba, al salir de Burgos, llevarse consigo á Avila á María, cuya vocación conocía desde mucho tiempo.

Deseosa de no separarse de la santa madre, suspendió su ingreso en Burgos y salió de allí para Avila en compañía de Teresita de Jesús, sobrina de Santa Teresa, que iba á profesar en Avila, y de una religiosa lega y su confidente Sor Ana de San Bartolomé.

En el camino, el provincial les mandó mudar de rumbo y marchar á Alba de Tormes, donde cayó enferma Santa Teresa, y conoció al punto que la hora deseada, la hora de la muerte, había llegado al fin para ella.

La duquesa de Alba entró en el convento á visitar á la Santa, y con ella asistió María á este grandioso espectáculo. Por espacio de seis días estuvo la Santa luchando contra la enfermedad. Oraba sin cesar, y dirigiéndose á las carmelitas que rodeaban su lecho, les decía:

— Hijas y señoras mías: perdonenme el mal ejemplo que les he dado y no aprendan de mí, que he sido la mayor pecadora del mundo.

Pero su humildad cedió á su amor cuando le trajeron el Santo Viático.

— ¡Oh mi Señor y mi esposo! exclamó, ya ha llegado la hora que yo tan ardientemente deseaba. Ya se acerca el momento de verme libre... ¡Hágase vuestra santa voluntad...! La hora ha llegado; voy á salir del destierro, y mi alma hallará en vuestra presencia la dicha por la cual suspira hace muchísimo tiempo.

Sus ojos estaban continuamente clavados en el Crucifijo, y sus moribundos labios seguían repitiendo las palabras de David: *Vos, Señor, no desechareis el corazón contrito y humillado*. Con júbilo solía repetir: *Yo soy hija de la Iglesia*. Y estas fueron sus últimas palabras. Echóse de un lado, con el Crucifijo, cual pintan á la Magdalena, y en esta postura permaneció catorce horas sin moverse.

De esta manera murió, con la muerte tranquila y triunfante de los bienaventurados, la noche del 4 al 5 de Octubre de 1582, y el espectáculo de este glorioso tránsito fué el último recuerdo que la señorita de Goës llevó al claustro. Pocos días después entró en el de Alba de Tormes, por no separarse durante su vida de la que la había llevado á la feliz morada.

El año del noviciado había transcurrido. Preparábase en la pequeña iglesia de Alba lo necesario para hacer la profesión solemne de una religiosa, y la duquesa de aquel nombre, con toda su familia y servidumbre, iba á ser la madrina de la señorita de Goës, como lo había sido al tomar el hábito.

A la puerta de la clausura, al ir ésta á ratificar sus votos, la duquesa entregó á María una pequeña cruz que reconoció al pronto: una lágrima fugitiva brilló en sus ojos, y volviéndose á la duquesa cambiaron estas breves palabras:

— ¡También ha muerto!

— Si, hija mía, como un héroe cristiano, peleando bizarramente contra los berberiscos.

— ¡Oh qué fortuna! Con la muerte de los mártires. ¡Cuanto más feliz es en este momento, mientras que mi alma gime aún en el cautiverio de esta vida!

— ¿No os preocupa acaso la idea de que hubierais sido feliz con él?

— Ah, señora, ¿estáis acaso segura de que hubiéramos sido felices? ¿Hay verdadera felicidad en este mundo? Quizá Gonzalo hubiera muerto de enfermedad y yo fuera hoy una pobre viuda. Ahora voy á tomar un esposo que me hará más feliz y que nunca se morirá.

— Ah, hija mía, dijo la duquesa: ese pensamiento llevó á mi primo el duque de Gandía á dejar el mundo y encerrarse en el claustro de la Compañía de Jesús.

Pocos momentos después, María de Goës había hecho su profesión de carmelita descalza.

Así vivió largo tiempo como digna hija de Santa Teresa, teniendo la dicha de ver elevar sobre los altares á la animosa reformadora. A la sombra del claustro gustó el verdadero reposo y esa paz profunda é inalterable que supera á todo sentimiento humano, aguardando los bienes eternos que Dios reserva á los que lo aman.

REVISTA DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

Ferrocarril de montaña. — Se ha proyectado establecer una comunicación férrea entre Cauterets y los baños sulfurosos de La Rallière, en los Pirineos, por un sistema ideado por el ingeniero francés L. Edoux, fundado en la aplicación de elevadores hidráulicos que hagan ascender los vagones.

Cauterets está situado á 900 metros de altitud, en un valle estrecho, distante 915 metros de la otra localidad que está á un nivel superior de 125 metros. Esta altura se ha dividido en cinco secciones iguales, y en cada una de ellas debe instalarse un elevador

hidráulico; el extremo de cada uno de estos circuitos se eleva algo sobre el principio del siguiente, de modo que los vagones, al llegar á lo alto del circuito, quedan libres del elevador hidráulico y se deslizan por un plano inclinado hasta el inmediato, donde los toma otro elevador, y así sucesivamente van pasando por los cinco circuitos hasta llegar á una altura de 135 metros sobre Cauterets, ó sea de 10 metros sobre La Rallière, sobrante que se utiliza para la instalación de un plano inclinado que conduzca los vagones hasta esta última población.

Para el descenso de los vagones hay la disposición conveniente, estando todo combinado para que la travesía se haga sin peligro alguno para los viajeros.

Industria sedera. — La primera fábrica de seda en los Estados Unidos se estableció en el año 1810 en Dansiel (Estados de Connecticut). Actualmente se ocupan en la elaboración de la seda 279 fábricas, en su mayor parte situadas en los Estados de New-York, New-Jersey, Pensylvania, Connecticut y Massachusetts. El capital colocado en esas fábricas asciende á la importante suma de 180.000.000 de pesos, representando las mercancías producidas anualmente por esas fábricas, un valor de 27.000.000 de pesos. El centro de fabricación de la seda es Pater-són (New-Jersey), en donde radican 38 fábricas que emplean más de 8.000 operarios.

Para evitar los incendios por el petróleo. — La frecuencia con que en los almacenes se repiten los incendios y explosiones de las barricas de petróleo, ocasionados por el descuido de los empleados al penetrar en aquellos sitios con luces encendidas sin las debidas precauciones, ha sugerido á M. Schlumberger un medio de evitar ó prevenir los siniestros, que reúne, cuando menos, la circunstancia de una gran facilidad de ejecución. Consiste éste, según lo expresa la nota que ha presentado á la «Sociedad higiénica de Francia», con el título de *Extinción automática de los incendios de petróleo*, en colocar en cada barrica una botella grande con amoníaco líquido. Esta botella debe quebrarse necesariamente cuando le alcancen las llamas ó al tener lugar la explosión. En uno y otro caso, el líquido que contiene se derrama, y el vapor que desprende apaga automáticamente el fuego, sin necesitarse el concurso de otros agentes ni otros esfuerzos. Falta ahora que en la generalidad de los casos prácticos, se confirme con buen resultado la excelencia de este procedimiento.

Papel impermeable á la acción del agua. — Póngase el 5 por 100 de ácido acético en una débil solución de cola fuerte común; hágase una segunda mezcla de 7 por 100 de bicromato de potasa en agua destilada, y luego reúnanse ambos líquidos. Los pliegos de papel sumergidos en este baño y puestos á secar en cuerdas como se seca la ropa, son impermeables.

Luz eléctrica. — Se acaba de hacer de esta luz una aplicación curiosa en las minas de Pensylvania, para el alumbrado de las galerías del fondo de las minas. El modelo de las lámparas adoptado es el de Brusck, que es el más empleado hoy en América. Cada una de éstas puede variarse de sitio con facilidad, sin que la corriente sufra interrupción. El hilo conductor que sale de la máquina, baja por el pozo y recorre las galerías hasta llegar á los puntos que se desean alumbrar. Como la luz eléctrica no necesita oxígeno para la combustión, y por lo tanto no se vicia el aire encerrado en la lámpara en un globo de cristal, no hay que temer ninguna explosión del *grison*. Es de presumir que cuando llegue á producirse la luz eléctrica con mayor economía y á subdividirse fácilmente, ha de emplearse con ventaja, sobre todo en las minas con *grison*.

Enfermedades de los mineros. — En la Academia de Ciencias de Bélgica, se ha recibido una Memoria del Sr. Fabre, en la que se describen las investigaciones que recientemente ha hecho este sabio con relación á las enfermedades á que los mineros están más expuestos. Según resulta de dichas investigaciones, el carbón de piedra absorbe con rapidez más de cien veces su propio volumen de oxígeno, con lo cual el aire de las galerías queda privado de una parte muy necesaria para la natural respiración de los operarios que en ellas trabajan. La atmósfera de estos lugares se vicia además con los gases carbonosos que allí se desprenden por efecto de la combustión lenta que sufre el carbón de piedra. De ahí deduce el Sr. Fabre, que más que la luz, es necesario procurar en las galerías una buena ventilación, á cuyo objeto deben encaminarse los esfuerzos de los facultativos encargados de la dirección de las explotaciones.

Los recibe la Sociedad general de Anuncios de España
calle del Príncipe, 27, Madrid.

ANUNCIOS

En París, los recibe la AGENCIA HAVAS
Plaza de la Bolsa, núm. 8.

EL AGUA DE SUEZ

Vacuna de la
boca, suprime
instantáneamente
y para
siempre los

DOLORES DE MUELAS

y por consiguiente, la Aurificación y la Extracción.—El análisis ha probado que esta agua no contiene ácido alguno, ni ninguna substancia tóxica, metálica o narcótica. El Agua de Suez, hilo verde, empleada como dentífrico diario, es la única y sola que ha resuelto el doble problema de la supresión de la odontalgia y de la conservación de la dentadura.—La *Opiata anaranjada* de Suez, asegura su blancura sin ningún peligro.—El *Vinagrillo lácteo* de Suez, para el tocador, destruye la causa principal del Cáncer en la mujer; pero, es preciso tener mucho cuidado en no usarlo como dentífrico, porque todo ácido corrompe el aliento, y pone amarillos los dientes que acaban por desesmalarse y caerse.—Dirigirse a M. SUEZ, 10, rue Ampère, París. Madrid: R. I. Chavarrí, almacén de drogas, Atocha, 87.—J. M. Moreno, botica de la Reina Madre, ayor, 93.—Manuel R. Hernández, farmacéutico, Mayor, 27 y 29.—Frera, perfumería, Carmen, 1.—Urquiola é hijos, perfumería, Mayor, 1.

PARA EL CULTO DIVINO

Atriles. Candeleros. Campanillas. Ciriales. Coronas. Cruces. Diademas. Incensarios. Lámparas. Navetas. Sacras. Vinageras.
Acaba de recibirse gran surtido de candelabros en forma de ramos con azucenas, margaritas y otras flores, de 3, 4, 5, 6 y 7 luces.
Manuel García, Atocha, 45 y 47, Madrid.

AÑO CRISTIANO Y SANTORAL ESPAÑOL

Se ha publicado el segundo tomo de esta importantísima obra, escrita con un criterio superior á todos los AÑOS CRISTIANOS Y SANTORALES publicados en España hasta el día, llena de erudición y preciosos datos históricos y críticos; es del mayor interés para todos los buenos católicos, y principalmente para los Sres. Sacerdotes dedicados á la cura de almas y á la predicación. Además de la oración, epístola y evangelios propios del día, se dan meditaciones ó reflexiones sacadas del repertorio de nuestros mejores clásicos, tales como Santa Teresa, Rivadeneyra, los tres Luises, de León, de Granada y de la Puente, etc. Constará de doce tomos. Se reciben suscripciones en las oficinas de la casa editorial señores Riera y Compañía, Peligros, 20, 2.º

COURS DE LA BANQUE ET DE LA BOURSE

Abonnement: 3 mois 6 mois 1 an
Paris..... 8 fr.; 16 fr.; 32 fr.
Départements. 11 " 21 " 42 "
Union Postale. 13 " 24 " 48 "

Anciens Cours de CHOISY et BRESSON réunis

V. DESFOSSÉS & C^{ie}, 31, PLAZA DE LA BOURSE, 31

Abonnement: 3 mois 6 mois 1 an
Paris..... 8 fr.; 16 fr.; 32 fr.
Départements. 11 " 21 " 42 "
Union Postale. 13 " 24 " 48 "

5.º AÑO

MARDI 14 AOUT 1883

Un número, 10 cénts.

REVENU dernier Exercice.	PRÉCÉD. COMPT.	CLÔTURE. TERME.	REPORTS.		COURS de compensation.	FONDS PUBLICS.	AU COMPTANT.	A TERME.	1.º COURS.	PLUS HAUT.	PLUS BAS.	DERNIER COURS.
			DU COMPT. À LA LIQ.	D'UNE LIQ. À L'AUTRE.								
3f	80 40	80 42			79 30	30/0, jouissance 1.º juillet, 1883.....	80f30 10 25	fin c.	80 35		80 82	80 30
						COURS MOYEN: 80f20	Dernier Cours à 3 h. 1/2 3 0/0: 80f30	pr. f. e.		d25	80 55	80 45 d50
3f	*82 25	82 22			81 10	30/0 amortissable, jouiss. 16 juillet 1883.....	82f25 20	pr. f. p.	82 87	82 10	82 02	81 d50
4f	100 10	98			100	4 0/0, j. 22 mars 1883.....	111f50 112f	pr. f. e.		d25		d50
4f50	111 50	110			111 50	4 1/2, jouissance 22 mars 1883.....	109f20 109f 109f10 30	pr. f. e.	109 15		109 10	109 15
5f	109 25	109 27			108 40	— Promesses d'Inscription.....	024	pr. f. p.		d25	109 35	109 30d50
	0 24					COURS MOYEN: 109f15	Dernier Cours à 3 h. 1/2 5 0/0: 109f12 1/2	pr. f. e.		d1f		d2f
20f	504	515			505	Oblig. du Trésor, j. 20 juil et 1883.....	505	pr. f. p.		d25		d50
20f	508	497 50			505	— nouv., j. 16 juin 1883.....	506 508	pr. f. p.		d1f		d2f
25f	523	480				Bons de Liquid. Départ. 5 0/0, j. 16 juillet 1883.....	523 50 524 75 523 50	fin c.				
9f	236 25					Départ. de la Seine, 225 fr., 4 0/0 juillet 1883.....	236 50	fin c.				
15f	511	330			510	Ville 1855-60, 500 f. 3 0/0, j. mars 1883.....	510	en liq.				
20f	519 50	447 50			525	— 1865, 500 fr. 4 0/0, j. août 1883.....	519 519 75	en liq.				
12f	403	400			402 50	— 1869, 400 fr. 3 0/0, j. 31 juillet 1883.....	403	en liq.				
12f	393 75	398 75			390	— 1871, 400 fr. 3 0/0, j. juillet 1883.....	391 25 392 50	en liq.				
3f	117 25					— quarts, —.....	118	en liq.				
20f	513	526 25			513 75	— 1875, 500 fr. 4 0/0, j. 16 avril 1883.....	514 50 515	en liq.				
20f	512	477 50			512 50	— 1876, 500 fr. 4 0/0.....	512 511	en liq.				
25f	529	496 25				Bons de Liquidation, j. 20 avril 1883.....	528 528 50 529	en liq.				
12f	557 50	383 75			365	— de Marseille, 3 0/0, j. 31 juillet 1883.....	359 358 357 50	en liq.				
	420	480			430	La Foncière (Assurance), 125 fr. p., j. mai 1877.....	420	en liq.				
5f20	375				375	La Grande Comp. d'Assures. 125 f. p., j. 26 juin 82		en liq.				
	255	265			255	La Métropole, 250 fr. payés.....	255	en liq.				
298f96	5540	5440			5400	Banque de France, j. juillet 1883.....	5450 5435	fin c.	5440		5400	5440
								pr. f. e.		d20		d50
12f50	515	513 75			513 75	Banque d'Escompte de Paris, 125 f. p., j. juillet 83	515	pr. f. p.	513 75	d100		d50
60f	1025	1022 50			1000	Banque de Paris et des Pays-Bas, j. juillet 1883..	1020 1025 1020	en liq.	1020	d20		d10
						(Action 500f t. p., ex-coupon 22)		pr. 15 c		d20		d30
6f25	443 75	445			442 50	Banque Transatlantique, 125 f. p., j. mai 1883....	440	en liq.				
28f	475	480			470	Cie. Algérienne (ex-coupon 10), j. juin 1883.....	475	en liq.				
18f	488 75	495			487 50	Cie. fr. de France et d'Algérie, 125f p., j. juillet 83	490 487 50	en liq.				
48f	995	990			1010	Comptoir d'Escompte, j. août 1883.....	995	en liq.				
15f	511 25	460			452 50	Crédit Algérien, 250f p., j. juillet 1883 (ex-c. 4.)..		en liq.				
	22 50	50			22 50	Crédit de France, libéré, j. 21 novembre 1881.....	22f50	en liq.		d20		d 10
	270	275			270	Crédit de Paris, 275 fr. p., j. 27 mai 1881.....	270	pr. f. e.				
7f50	512 50	510			512 50	Crédit foncier Algérien, 125 fr. p., j. juillet 1883.	51f 517 50	en liq.	512 50		d20	d10
10f309	333 75	380			350	Crédit foncier Colonial, 300 fr. p., j. juillet 1883.		pr. f. e.		d20	1310	1312 50
55f	1320	1320			1290	Crédit Foncier, tout payé, j. juillet 1883.....	1315 1320	fin c.	1312 50	1313 75		1322 50d10
								pr. f. e.		d20		d10
6f	137	142 50				Société Algérienne, Obl. 150 f. 4 0/0, j. août 1883.	137	pr. f. p.		d20		
25f	512	452 50				— 500 fr. 5 0/0, j. juin 1883.....	512	en liq.				
17f32	372 50	372 50			370	Crédit général français, 333f34 à verser.....	372 50 373 75	en liq.		d20		d10
						j. 10 novembre 1881.....		pr. f. e.		d20		
18f56	705	737 50			715	Crédit Industriel, 125 fr. p., j. mai 1883.....	705	en liq.				
12f50	610	700				Soc. Marseillaise de Crédit. Ind. et Com. j. mai 83		en liq.				
30f	577 50	572 50			557 50	Crédit Lyonnais, 250 f. p. (ex-c. 26), j. 26 mars 83	572 50 570 571 25	en liq.	575	d20		570
								pr. f. e.		d20		d10
25f	367 50	365			325	Société de Crédit Mobilier, j. juillet 1883.....	365 367 50 368 75	en liq.	365	d20		d10
						(ex-coupon 10).		pr. 15 c		d20		d10
16f494	673 75	700			675	Dépôts et Comptes Courants, 125 f. p., j. mai 83.	673 75	en liq.				
7f	160	230			160	Société Financière, t. payé, j. octobre 1881.....	160 155	en liq.				
13f75	403 75	402 50			390	Soc. Fonc. Lyonnaise, 250 f. p., j. 19 jt 83 (ex-c. 4)	400	en liq.				
18f04	523 75	522 50			522 50	Société Générale, 250 fr. p., j. avril 1883.....	523 75 520 525	en liq.	522 50			d10
								pr. f. e.		d05		d10
21f25	492 50	512 50			490	Banque Centrale du Commerce (250 fr. p.).....		en liq.		d05		d10
						j. juillet 1883.....		pr. f. e.		d05		d10
20f	5 0	525			500	Banque Commerciale et Industrielle, 250 f. payés		en liq.		d05		d10
						j. mai 1883 (ex c. 4.)		pr. f. e.		d05		d10
27f	585	580			580	Banque Franco-Egyptienne, j. juillet 1883.....	585	en liq.		d20		d10
						(250 fr. p., ex-coupon 19.)		pr. 15 c		d20		d10
	251 25	255						en liq.		d20		
	310	327 50				Banque Franco-Hollandaise (ex-coupon 1).....		en liq.				
8f	495	487 50			485	Banque Fse. et Italienne (325 f. p., ex-c. 9) j. jt. 80	490 495	en liq.				d10
						Banque Maritime, 125 fr. p., j. 15 avril 1883.....		pr. f. e.		d20		
22f50	60	382 50			250	Banque Nationale, 250 f. p., j. juillet 1882 (ex-c. 6)	100 150 140 150	en liq.	430			d10
60f	430	428 75			432 50	Banque Parisienne, j. juillet 1883 (ex-c. 14).....	430	en liq.		d20		
								pr. f. e.				
12f50	281 25	282 50			280	Banque Romaine, 250 f. p., j. 27 octobre 1882....	281 25	en liq.				
7f60	437 50	435			430	Banq. Russe et Franc. 250 f. p. (ex-c. 3) j. 22 mai 83	437 50 435	en liq.	435			
25f	500	530			505	Osse. cle. popul. (B. cle Trav. à l'Eparg. 125f p. nov	500	en liq.				467 50
20f	475	476 25			506 25	Cie. Fco. Algérienne, j. juillet 1883 (ex-c. 14)....	475 465 470	en liq.	470			d10
6f25	447 50	472 50			445	Rente Foncière, 250 f. p., j. 9 juill. 1883 (ex-c. 10)	446 25	pr. 15 c		d05		
	430	452 50			430	Immeubles de France, 250 fr. p., j. 19 juillet 1883	427 50 430	en liq.				
40f	375	350				Union Générale, 125 fr. p., j. juillet 1881.....		en liq.				
30f	605	592 50			7 50	Bône à Guelma, tout payé, j. avril 1883.....	607 50 602 50	fin c.				
	8	33				Charentes (en liquidation), j. février 1877.....		fin c.				
30f	585	555			575	Est-Algérien, t. payé (ex-c. 14), j. mars. 1883....	582 50	fin c.				
33f	745	740			745	Est, j. mai 1883.....	750 747 50	fin c.				
								pr. f. e.		d20		d10
65f	1425	1423 75			1425	Paris-Lyon-Méditerranée, j. mai 1883.....	1425 1422 50 1425	fin c.	1412 50	1422 50		1420
								pr. f. e.		d20		d10
40f	1185	1185			1180	Midí, j. juillet 1883.....	1190 1180	fin c.	1182 50		1180	1182 50
								pr. f. e.		d20		d10
77f	1886 25	1892 50			1895	Nord, j. juillet 1883.....	1895 1890	fin c.	1890			1892 50
								pr. f. e.		d20		d10
56f	1307 50	1311 25			1315	Orléans, j. avril 1883.....	1310 1305 1310	fin c.	1310		1305	1307 50
								pr. f. e.		d05		d10
25f	528 75	465				Orléans à Châlons, annuités, j. août 1883.....		pr. f. p.	d 20	d20		d10
35f	798 75	800			800	Ouest, j. avril 1883.....	800 795 800	fin c.				d10

Ayuntamiento de Madrid

(Se continuará.)

tado é infamado; mas no parecía sino que cada ultraje aumentaba su amor hacia los que le hacían padecer; y favorecido con los consuelos divinos y elevado á altísima contemplación, no ha pedido al Señor sino una sola cosa: *padecer y ser despreciado por su amor*.

El religioso se quedó callado, como si estuviera meditando sobre aquellas palabras.

— ¿Y conoce usted á la madre Teresa? volvió á preguntar la señorita de Goës.

— La he visto, dijo, y durante mi larga vida no he encontrado un corazón que amara mejor á ese grande y bondadoso Señor á quien servimos. Si la herejía arranca muchos pueblos á la Iglesia, Jesucristo consuela á su esposa, haciendo nacer en su seno estas almas extraordinarias, que por medio de sus virtudes dan testimonio de la verdad.

Siguieron ellas preguntando; y el anciano, lleno de días y de experiencia, les habló de Teresa de Jesús y de Juan de la Cruz con un entusiasmo que por lo común no conoce la vejez.

— Estas dos almas y las que Dios ha puesto bajo la dirección de ellas, les decía, reparan los ultrajes que la herejía hace al Señor.

Tales relatos, en que se presentaban como las visiones de un mundo mejor, hicieron profunda sensación en María y en Doña Ana. La primera estaba siempre repitiendo unos versos de Teresa de Jesús que el venerable carmelita le había citado:

Vivo sin vivir en mí;
y tan alta dicha espero,
que muero porque no muero.

Estas aspiraciones convenían perfectamente al estado de su alma, y un secreto deseo de soledad y de penitencia nacía en su corazón. Parecíale que, después de tantas penas, hallaría el descanso en aquella vida inocente y fervorosa, que recordaba la de los primeros cristianos. Este deseo se acrecentó, y sin apartarse del deber filial que ella había aceptado, le designó un objeto á su porvenir, llenando su corazón con una austera esperanza, que sin embargo no carecía de dulzura.

La visita de los dos religiosos se había asemejado á la de los ángeles, que indican al hombre el camino que debe seguir y cuyo paso deja como un surco luminoso que conduce al cielo.

XIX

La religión del Carmen.

Habían pasado cuatro años; la condesa de Osorio acababa de exhalar el último aliento en los brazos de su hija adoptiva, colmándola de cariñosísimas bendiciones, y pocos días después una joven llegó á Burgos, preguntando por la madre Teresa de Jesús, que acababa de fundar el monasterio de esta ciudad. Aquella á quien toda España denominaba la Santa, se presentó detrás de las rejas del locutorio: su velo, medio alzado, dejaba ver su pálido semblante, su fisonomía noble y alterada con los padecimientos y con los trabajos; sus ojos, que habían visto los misterios ocultos á las miradas de los mortales, y que parecían iluminados con un fuego interior, bajólos sobre la señorita de Goës, quien hincada de rodillas le dijo:

— Mi reverenda madre, vengo con la pretensión de entrar en vuestra santa casa. Nada tengo que me ligue al mundo; y desprendida de él, os suplico me recibáis y me encaminéis hacia Dios, que es todo mi deseo. Os elijo por mi madre y mi guía.

— Hija mía, respondió con dulzura Santa Teresa, yo soy la nada, menos que la nada; porque la criatura no es sino una mata de romero seca, sobre la cual no se puede hacer ningún apoyo; pero la cruz será el asilo de usted, que pondrá toda su confianza en el que está clavado en ella.

Entre tanto que se hacían los preparativos para su ingreso en religión, María logró entrar en el convento que una inundación terrible había estado á punto de arruinar. Admirada quedó al entrar en aquella morada, sintiendo mayor gozo que jamás sintió triunfador alguno al subir las gradas del Capitolio. No extrañaba nada, y sin embargo, ¡cuán diferente era todo según las ideas humanas! Veía á su alrededor una pobreza incomparable, una carencia aun de lo que á los pobres les parece absolutamente necesario, una humildad que se manifestaba por medio del silencio, por el desprecio de sí misma y por los actos exteriores de humillación más contrarios á la naturaleza; una mortificación igualmente ingeniosa para crucificar el cuerpo y el espíritu; y entre tantas penas, en un camino tan opuesto á los instintos humanos, hallaba una caridad angélica, amable, desprendida, y una alegría inocente, cual no la conoce el mundo: la alegría de los hijos de Dios.

La madre Teresa de Jesús deseaba, al salir de Burgos, llevarse consigo á Avila á María, cuya vocación conocía desde mucho tiempo.

Deseosa de no separarse de la santa madre, suspendió su ingreso en Burgos y salió de allí para Avila en compañía de Teresita de Jesús, sobrina de Santa Teresa, que iba á profesar en Avila, y de una religiosa lega y su confidente Sor Ana de San Bartolomé.

En el camino, el provincial les mandó mudar de rumbo y marchar á Alba de Tormes, donde cayó enferma Santa Teresa, y conoció al punto que la hora deseada, la hora de la muerte, había llegado al fin para ella.

La duquesa de Alba entró en el convento á visitar á la Santa, y con ella asistió María á este grandioso espectáculo. Por espacio de seis días estuvo la Santa luchando contra la enfermedad. Oraba sin cesar, y dirigiéndose á las carmelitas que rodeaban su lecho, les decía:

— Hijas y señoras mías: perdonenme el mal ejemplo que les he dado y no aprendan de mí, que he sido la mayor pecadora del mundo.

Pero su humildad cedió á su amor cuando le trajeron el Santo Viático.

— ¡Oh mi Señor y mi esposo! exclamó, ya ha llegado la hora que yo tan ardientemente deseaba. Ya se acerca el momento de verme libre... ¡Hágase vuestra santa voluntad...! La hora ha llegado; voy á salir del destierro, y mi alma hallará en vuestra presencia la dicha por la cual suspira hace muchísimo tiempo.

Sus ojos estaban continuamente clavados en el Crucifijo, y sus moribundos labios seguían repitiendo las palabras de David: *Vos, Señor, no desecharéis el corazón contrito y humillado*. Con júbilo solía repetir: *Yo soy hija de la Iglesia*. Y estas fueron sus últimas palabras. Echóse de un lado, con el Crucifijo, cual pintan á la Magdalena, y en esta postura permaneció catorce horas sin moverse.

De esta manera murió, con la muerte tranquila, y triunfante de los bienaventurados, la noche del 4 al 5 de Octubre de 1582, y el espectáculo de este glorioso tránsito fué el último recuerdo que la señorita de Goës llevó al claustro. Pocos días después entró en el de Alba de Tormes, por no separarse durante su vida de la que la había llevado á la feliz morada.

El año del noviciado había trascurrido. Preparábase en la pequeña iglesia de Alba lo necesario para hacer la profesión solemne de una religiosa, y la duquesa de aquel nombre, con toda su familia y servidumbre, iba á ser la madrina de la señorita de Goës, como lo había sido al tomar el hábito.

A la puerta de la clausura, al ir ésta á ratificar sus votos, la duquesa entregó á María una pequeña cruz que reconoció al pronto: una lágrima fugitiva brilló en sus ojos, y volviéndose á la duquesa cambiaron estas breves palabras:

— ¡También ha muerto!

— Si, hija mía, como un héroe cristiano, peleando bizarramente contra los berberiscos.

— ¡Oh qué fortuna! Con la muerte de los mártires. ¡Cuanto más feliz es en este momento, mientras que mi alma gime aún en el cautiverio de esta vida!

— ¿No os preocupa acaso la idea de que hubierais sido feliz con él?

— Ah, señora, ¿estáis acaso segura de que hubiéramos sido felices? ¿Hay verdadera felicidad en este mundo? Quizá Gonzalo hubiera muerto de enfermedad y yo fuera hoy una pobre viuda. Ahora voy á tomar un esposo que me hará más feliz y que nunca se morirá.

— Ah, hija mía, dijo la duquesa: ese pensamiento llevó á mi primo el duque de Gandía á dejar el mundo y encerrarse en el claustro de la Compañía de Jesús.

Pocos momentos después, María de Goës había hecho su profesión de carmelita descalza.

Así vivió largo tiempo como digna hija de Santa Teresa, teniendo la dicha de ver elevar sobre los altares á la animosa reformadora. A la sombra del claustro gustó el verdadero reposo y esa paz profunda é inalterable que supera á todo sentimiento humano, aguardando los bienes eternos que Dios reserva á los que lo aman.

REVISTA DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

Ferrocarril de montaña. — Se ha proyectado establecer una comunicación férrea entre Cauterets y los baños sulfurosos de La Ralliére, en los Pirineos, por un sistema ideado por el ingeniero francés L. Edoux, fundado en la aplicación de elevadores hidráulicos que hagan ascender los vagones.

Cauterets está situado á 900 metros de altitud, en un valle estrecho, distante 915 metros de la otra localidad que está á un nivel superior de 125 metros. Esta altura se ha dividido en cinco secciones iguales, y en cada una de ellas debe instalarse un elevador

hidráulico; el extremo de cada uno de estos circuitos se eleva algo sobre el principio del siguiente, de modo que los vagones, al llegar á lo alto del circuito, quedan libres del elevador hidráulico y se deslizan por un plano inclinado hasta el inmediato, donde los toma otro elevador, y así sucesivamente van pasando por los cinco circuitos hasta llegar á una altura de 135 metros sobre Cauterets, ó sea de 10 metros sobre La Ralliére, sobrante que se utiliza para la instalación de un plano inclinado que conduzca los vagones hasta esta última población.

Para el descenso de los vagones hay la disposición conveniente, estando todo combinado para que la travesía se haga sin peligro alguno para los viajeros.

Industria sedera. — La primera fábrica de seda en los Estados Unidos se estableció en el año 1810 en Dansfiel (Estados de Connecticut). Actualmente se ocupan en la elaboración de la seda 279 fábricas, en su mayor parte situadas en los Estados de New-York, New-Jersey, Pensylvania, Connecticut y Massachusetts. El capital colocado en esas fábricas asciende á la importante suma de 180.000.000 de pesos, representando las mercancías producidas anualmente por esas fábricas, un valor de 27.000.000 de pesos. El centro de fabricación de la seda es Pater-són (New-Jersey), en donde radican 38 fábricas que emplean más de 8.000 operarios.

Para evitar los incendios por el petróleo. — La frecuencia con que en los almacenes se repiten los incendios y explosiones de las barricas de petróleo, ocasionados por el descuido de los empleados al penetrar en aquellos sitios con luces encendidas sin las debidas precauciones, ha sugerido á M. Schlumberger un medio de evitar ó prevenir los siniestros, que reúne, cuando menos, la circunstancia de una gran facilidad de ejecución. Consiste éste, según lo expresa la nota que ha presentado á la «Sociedad higiénica de Francia», con el título de *Extinción automática de los incendios de petróleo*, en colocar en cada barrica una botella grande con amoniaco líquido. Esta botella debe quebrarse necesariamente cuando le alcancen las llamas ó al tener lugar la explosión. En uno y otro caso, el líquido que contiene se derrama, y el vapor que desprende apaga automáticamente el fuego, sin necesitar el concurso de otros agentes ni otros esfuerzos. Falta ahora que en la generalidad de los casos prácticos, se confirme con buen resultado la excelencia de este procedimiento.

Papel impermeable á la acción del agua. — Póngase el 5 por 100 de ácido acético en una débil solución de cola fuerte común; hágase una segunda mezcla de 7 por 100 de bicromato de potasa en agua destilada, y luego reúnanse ambos líquidos. Los pliegos de papel sumergidos en este baño y puestos á secar en cuerdas como se seca la ropa, son impermeables.

Luz eléctrica. — Se acaba de hacer de esta luz una aplicación curiosa en las minas de Pensylvania, para el alumbrado de las galerías del fondo de las minas. El modelo de las lámparas adoptado es el de Brush, que es el más empleado hoy en América. Cada una de éstas puede variarse de sitio con facilidad, sin que la corriente sufra interrupción. El hilo conductor que sale de la máquina, baja por el pozo y recorre las galerías hasta llegar á los puntos que se desean alumbrar. Como la luz eléctrica no necesita oxígeno para la combustión, y por lo tanto no se vicia el aire encerrado en la lámpara en un globo de cristal, no hay que temer ninguna explosión del grison. Es de presumir que cuando llegue á producirse la luz eléctrica con mayor economía y á subdividirse fácilmente, ha de emplearse con ventaja, sobre todo en las minas con grison.

Enfermedades de los mineros. — En la Academia de Ciencias de Bélgica, se ha recibido una Memoria del Sr. Fabre, en la que se describen las investigaciones que recientemente ha hecho este sabio con relación á las enfermedades á que los mineros están más expuestos. Según resulta de dichas investigaciones, el carbón de piedra absorbe con rapidez más de cien veces su propio volumen de oxígeno, con lo cual el aire de las galerías queda privado de una parte muy necesaria para la natural respiración de los operarios que en ellas trabajan. La atmósfera de estos lugares se vicia además con los gases carbonosos que allí se desprenden por efecto de la combustión lenta que sufre el carbón de piedra. De ahí deduce el Sr. Fabre, que más que la luz, es necesario procurar en las galerías una buena ventilación, á cuyo objeto deben encaminarse los esfuerzos de los facultativos encargados de la dirección de las explotaciones.

Los recibe la Sociedad general de Anuncios de España
calle del Príncipe, 27, Madrid.

ANUNCIOS

En París, los recibe la AGENCIA HAVAS
Plaza de la Bolsa, núm. 8.

EL AGUA DE SUEZ DOLORES DE MUELAS

por consiguiente, la Aurificación y la Estracción.—El análisis ha probado que esta agua no contiene ácido alguno, ni ninguna substancia tóxica, metálica o narcótica. El Agua de Suez, hilo verde, empleada como dentífrico diario, es la única y sola que ha resuelto el doble problema de la supresión de la odontalgia y de la conservación de la dentadura.—La Opiata anaranjada de Suez, asegura su blancura sin ningún peligro.—El Vinagrillo lácteo de Suez, para el tocador, destruye la causa principal del Cáncer en la mujer; pero, es preciso tener mucho cuidado en no usarlo como dentífrico.—porque todo ácido corrompe el aliento, y pone amarillos los dientes que acaban por desesmalarse y caerse.—Dirigirse a M. SUEZ, 10, rue Ampère, París. Madrid: R. I. Chavarrí, almacén de drogas, Atocha, 87.—J. M. Moreno, botica de la Reina Madre mayor, 93.—Manuel R. Hernández, farmacéutico, Mayor, 27 y 29.—Frera, perfumería, Carmen, 1.—Urquiola é hijos, perfumería, Mayor, 1.

PARA EL CULTO DIVINO

Atriles. Candeleros. Campanillas. Ciriales. Coronas. Cruces. Diademas. Incensarios. Lámparas. Navetas. Sacras. Vinageras.

Acaba de recibirse gran surtido de candelabros en forma de ramos con azu cenas, margaritas y otras flores, de 3, 4, 5, 6 y 7 luces.

Manuel García, Atocha, 45 y 47, Madrid.

AÑO CRISTIANO Y SANTORAL ESPAÑOL

Se ha publicado el segundo tomo de esta importantísima obra, escrita con un criterio superior a todos los AÑOS CRISTIANOS Y SANTORALES publicados en España hasta el día, llena de erudición y preciosos datos históricos y críticos; es del mayor interés para todos los buenos católicos, y principalmente para los Sres. Sacerdotes dedicados a la cura de almas y a la predicación. Además de la oración, epístola y evangelios propios del día, se dan meditaciones ó reflexiones sacadas del repertorio de nuestros mejores clásicos, tales como Santa Teresa, Rídeneyra, los tres Luises, de León, de Granada y de la Puente, etc. Constará de doce tomos. Se reciben suscripciones en las oficinas de la casa editorial señores Riera y Compañía, Peligros, 20, 2.º

COURS DE LA BANQUE ET DE LA BOURSE

Abonnement: 3 mois 6 mois 1 an
Paris..... 8 fr.; 16 fr.; 32 fr.
Départements. 11 * 21 * 42 *
Union Postale. 13 * 24 * 48 *

Anciens Cours de CHOISY et BRESSON réunis

V. DESFOSSÉS & Cie, 31, PLAZA DE LA BOURSE, 31

Abonnement: 3 mois 6 mois 1 an
Paris..... 8 fr.; 16 fr.; 32 fr.
Départements. 11 * 21 * 42 *
Union Postale. 13 * 24 * 48 *

5.º AÑO

MARDI 14 AOUT 1883

Un número, 10 céntos.

REVENU	PRÉCÉD.	CLÔTURE.	REPORTS.	COURS	FONDS PUBLICS.	AU COMPTANT.	A	1.º	PLUS	PLUS	DERNIER
Exercice.	COMPT.	TERME.	DU COMPT. A LA LIQ.	D'UNE LIQ. A L'AUTRE.	compens.		TERME.	COURS.	HAUT.	BAS.	COURS.
3f	80 40	80 42			79 30	30/0, jouissance 1.º juillet, 1883.....	fin c.	80 35		80 82	80 30
						COURS MOYEN: 80f20	pr. f. e.		d25	80 55	80 45 d50
3f	*82 25	82 22			81 10	30/0 amortissable, jouiss. 16 juillet 1883.....	pr. f. p.	82 87	82 10	82 02	81 d50
4f	100 10	98			100	40/0, j. 22 mars 1883.....	fin c.		d25		d50
4f50	111 50	110			111 50	4 1/2, jouissance 22 mars 1883.....	pr. f. e.		d25		d1f
5f	109 25	109 27			108 40	4 1/2 0/0 1883, jouissance 16 août 1883.....	fin c.	109 15	109 10	109 10	109 15
	0 24					— Promesses d'Inscription.....	pr. f. e.		109 40d25	109 35	109 30d50
20f	504	515			505	COURS MOYEN: 109f15	pr. f. p.		d1f		d2f
20f	508	497 50			505	Oblig. du Trésor, j. 20 juil et 1883.....	pr. f. p.		d25		d50
25f	523	480				— nouv., j. 16 juin 1883.....	pr. f. p.		d1f		d2f
9f	236 25					Bons de Liquid. Départ. 5 0/0, j. 16 juillet 1883.....	fin c.				
15f	511	330			510	Départ. de la Seine, 225 fr., 4 0/0 juillet 1883.....	en liq.				
20f	519 50	447 50			525	Ville 1855-60, 500 f. 3 0/0, j. mars 1883.....	en liq.				
12f	403	400			402 50	— 1865, 500 fr. 4 0/0, j. août 1883.....	en liq.				
12f	393 75	398 75			390	— 1869, 400 fr. 3 0/0, j. 31 juillet 1883.....	en liq.				
3f	117 25					— 1871, 400 fr. 3 0/0, j. juillet 1883.....	en liq.				
20f	513	526 25			513 75	— quarts.....	en liq.				
20f	512	477 50			512 50	— 1875, 500 fr. 4 0/0, j. 16 avril 1883.....	en liq.				
25f	529	496 25				— 1876, 500 fr. 4 0/0.....	en liq.				
12f	557 50	383 75			365	— Bons de Liquidation, j. 20 avril 1883.....	en liq.				
	420	480			430	— de Marseille, 3 0/0, j. 31 juillet 1883.....	en liq.				
5f20	375				375	La Foncière (Assurance), 125 fr. p., j. mai 1877.....	en liq.				
298f96	5540	5440			255	La Grande Comp. d'Assurances, 125 f. p., j. 26 juin 82.....	en liq.				
					5400	La Métropole, 250 fr. payés.....	en liq.				
						Banque de France, j. juillet 1883.....	fin c.	5440	5400	5440	
12f50	515	513 75			513 75	Banque d'Escompte de Paris, 125 f. p., j. juillet 83.....	pr. f. e.		d20		d50
60f	1025	1022 50			1000	Banque de Paris et des Pays-Bas, j. juillet 1883.....	pr. f. p.	513 75	d100		d50
						(Action 500f t. p., ex-coupon 22)	en liq.	1020	d20		d10
6f25	443 75	445			442 50	Banque Transatlantique, 125 f. p., j. mai 1883.....	pr. f. e.		d20		d50
28f	475	480			470	Cie. Algérienne (ex-coupon 10), j. juin 1883.....	en liq.				
18f	488 75	495			487 50	Cie. fr. de France et d'Algérie, 125f p., j. juillet 83.....	en liq.				
48f	995	990			1010	Comptoir d'Escompte, j. août 1883.....	en liq.				
15f	511 25	460			452 50	Crédit Algérien, 250f p., j. juillet 1883 (ex-c. 4.).....	en liq.				
	22 50	50			22 50	Crédit de France, libéré, j. 21 novembre 1881.....	en liq.		d20		d 10
	270	275			270	Crédit de Paris, 275 fr. p., j. 27 mai 1881.....	pr. f. e.				
7f50	512 50	510			512 50	Crédit foncier Algérien, 125 fr. p., j. juillet 1883.....	en liq.	512 50	d20	1310	1312 50
10f309	333 75	380			350	Crédit foncier Colonial, 300 fr. p., j. juillet 1883.....	pr. f. e.		d20		1322 50d10
55f	1320	1320			1290	Crédit Foncier, tout payé, j. juillet 1883.....	fin c.	1312 50	1313 75		1322 50d10
6f	137	142 50				Société Algérienne, Obl. 150 f. 4 0/0, j. août 1883.....	pr. f. p.		d20		d10
25f	512	452 50				— 500 fr. 5 0/0, j. juin 1883.....	en liq.		d20		
17f32	372 50	372 50			370	Crédit général français, 333f34 à verser.....	en liq.		d20		d10
						j. 10 novembre 1881.....	pr. f. e.		d20		
18f56	705	737 50			715	Crédit Industriel, 125 fr. p., j. mai 1883.....	en liq.				
12f50	610	700				Soc. Marseillaise de Crédit, Ind. et Com. j. mai 83.....	en liq.				
30f	577 50	572 50			557 50	Crédit Lyonnais, 250 f. p. (ex-c. 26), j. 26 mars 83.....	pr. f. e.	575	d20		570
25f	367 50	365			325	Société de Crédit Mobilier, j. juillet 1883.....	en liq.	365	d20		d10
						(ex-coupon 10).....	pr. f. e.		d20		d10
16f494	673 75	700			675	Dépôts et Comptes Courants, 125 f. p., j. mai 83.....	en liq.				
7f	160	230			160	Société Financière, t. payé, j. octobre 1881.....	en liq.				
13f75	403 75	402 50			390	Soc. Fonc. Lyonnaise, 250 f. p., j. 19 jt 83 (ex-c. 4).....	en liq.				
18f04	523 75	522 50			522 50	Société Générale, 250 fr. p., j. avril 1883.....	en liq.	522 50			d10
21f25	492 50	512 50			490	Banque Centrale du Commerce (250 fr. p.).....	pr. f. e.		d05		d10
						j. juillet 1883.....	en liq.		d05		d10
20f	5 0	525			500	Banque Commerciale et Industrielle, 250 f. payés.....	pr. f. e.		d05		d10
2f	585	580			580	Banque Franco-Egyptienne, j. juillet 1883.....	pr. f. e.		d05		d10
						(250 fr. p., ex-coupon 19).....	pr. f. p.		d20		d10
	251 25	255				Banque Franco-Hollandaise (ex-coupon 1).....	en liq.				
8f	495	327 50			310	Banque Fse. et Italienne (325 f. p., ex-c. 9) j. jt. 80.....	en liq.				
		487 50			485	Banque Maritime, 125 fr. p., j. 15 avril 1883.....	en liq.		d20		d10
22f50	60	382 50			250	Banque Nationale, 250 f. p., j. juillet 1882 (ex-c. 6).....	pr. f. e.	430			d10
60f	430	428 75			432 50	Banque Parisienne, j. juillet 1883 (ex-c. 14).....	en liq.		d20		
						Banque Romaine, 250 f. p., j. 27 octobre 1882.....	pr. f. e.				
12f50	281 25	282 50			280	Banq. Russe et Franc. 250 f. p. (ex-c. 3) j. 22 mai 83.....	en liq.	435			
7f00	500	530			430	Osse. ele. popul. (B. de Trav. à l'Éparg. 125f p. nov.....	en liq.				
25f	475	476 25			505	Cie. Fco. Algérienne, j. juillet 1883 (ex-c. 14).....	en liq.	470			467 50
20f	447 50	472 50			506 25	Rente Foncière, 250f p., j. 9 juil. 1883 (ex-c. 10).....	pr. f. e.		d05		d10
6f25	430	452 50			445	Immeubles de France, 250 fr. p., j. 19 juillet 1883.....	en liq.				
40f	375	350			430	Union Générale, 125 fr. p., j. juillet 1881.....	en liq.				
30f	605	592 50				Bône à Guelma, tout payé, j. avril 1883.....	fin c.				
	8	33			7 50	Charentes (en liquidation), j. février 1877.....	fin c.				
30f	585	555			575	Est-Algérien, t. payé (ex-c. 14), j. mars 1883.....	fin c.				
33f	745	740			745	Est, j. mai 1883.....	fin c.				
65f	1425	1423 75			1425	Paris-Lyon-Méditerranée, j. mai 1883.....	pr. f. e.	1412 50	1422 50		1420
40f	1185	1185			1180	Midí, j. juillet 1883.....	pr. f. e.	1182 50	d20	1180	1182 50
77f	1886 25	1892 50			1895	Nord, j. juillet 1883.....	fin c.	1890	d20		1892 50
56f	1307 50	1311 25			1315	Orléans, j. avril 1883.....	pr. f. e.	1310	d20	1305	1307 50
						Orléans à Châlons, annuités, j. août 1883.....	en liq.	d 20	d05		d10
25f	528 75	465			800	Ouest, j. avril 1883.....	pr. f. p.		d20		d10
35f	798 75	800					fin c.				

Poder protector del pararrayos.—Desde mediados del siglo pasado, en que Franklin inventó el pararrayos, y particularmente desde que Arago redactó las instrucciones que publicó la Academia de Ciencias de París para la construcción de estos aparatos protectores, se admite, que el pararrayos protege el espacio que comprende un círculo del radio doble de su altura.

Recientemente Mr. Preece, por el estudio detenido de observaciones recogidas en muchos años, ha llegado á esta conclusión: que el espacio protegido está comprendido en el interior de un cono cuya altura es la del pararrayos, y el radio del círculo de la base es igual á la altura del cono. Es, pues, interesante, elevar lo posible la punta de un pararrayos para aumentar el cono de seguridad; y conviene asegurarse de que las partes salientes del edificio, torrecillas, campanarios, chimeneas, etc., están en el interior del cono de seguridad.

Ascensor eléctrico.—Mr. Siemens ha instalado en la Exposición industrial de Mannheim un ascensor que no necesita pozos ni émbolos. En el centro de la caja de la escalera se fija una cremallera de acero, especie de cadena de Vaucanson, á lo largo de la cual sube y baja la plataforma ó gabinete del ascensor: sobre esta cremallera engrana una máquina magnetoeléctrica colocada debajo de la plataforma, cuya máquina, que sube y baja con el ascensor, está unida por un alambre metálico á otra máquina análoga, pero fija, instalada en el subsuelo y accionada por un motor eléctrico.

Basta girar á derecha ó izquierda una palanca colocada sobre el ascensor para dirigir éste en un sentido ú otro y para detenerlo en un punto determinado de su carrera, y asimismo puede combinarse esta palanca de manera que promueva detenciones automáticas, como los ascensores hidráulicos.

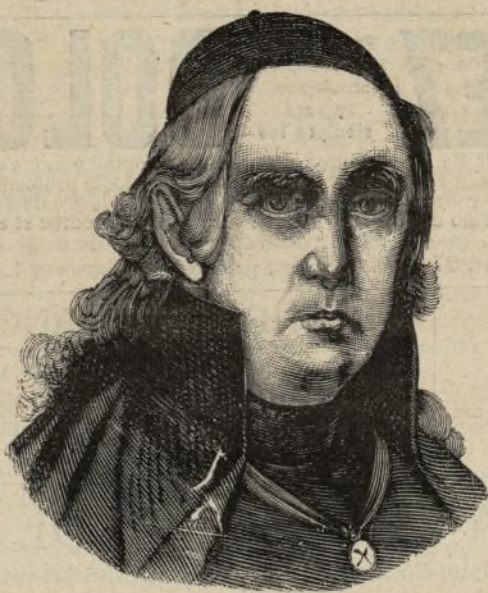
El ascensor eléctrico de Mannheim ha subido más de 8.000 personas á una torre-mirador de 20 metros de altura sin incidente alguno.

Nadie puede prejuzgar el alcance de este invento enlazado con el alumbrado y la fuerza motriz domésticas, y aun tal vez está llamado á modificar el trazado de los caminos de las montañas, sustituyendo por ascensores eléctricos movidos por las caídas hidráulicas de potencia casi ilimitada, algunas de las numerosas y fuertes pendientes de los trazados actuales.

Nuevo sistema telegráfico.—En la línea de Boston á New-York, de 400 kilómetros de longitud, se ha inaugurado un nuevo sistema de telegrafía, debido á la invención de tres americanos, Mrs. Foobe, Romdat y Anderson.

El nuevo procedimiento realiza un verdadero progreso desde el punto de vista de la rapidez en la transmisión.

Consiste en escribir el despacho con señales de Morse en tiras de papel, pero no con lápiz, sino por medio de un teclado semejante al de los pianos.



EL PADRE JUAN EVERARDO NITHARD,
De la Compañía de Jesús.

Estas tiras pasan en seguida entre ruedas y escobillas de contacto de platino que, á través de las perforaciones, establecen los contactos convenientes y producen las corrientes propias en los puntos y en las rayas.

El trasmisor y el receptor están provistos con un manubrio movido á mano, cuya velocidad limita únicamente la del paso de las tiras.

La transmisión varía entre 1.000 y 1.290 palabras por minuto, de suerte que entre Boston y New-York se ha llegado á transmitir y distribuir con un hilo solamente 1.200 despachos ordinarios con ayuda de 15 perforadores, 15 copiantes y dos buenos empleados en cada una de las extremidades.

A fin de acelerar, se ha llegado á hacer que los mismos expedidores taladren las tiras por medio de instrumentos muy sencillos, y á entregar á los destinatarios, no los despachos, sino el texto del mismo trazado en caracteres de Morse para que lo descifren. De esta suerte, el papel de la Compañía se reduce á la transmisión, lo cual sobre reducir su personal, permite á expedidores y destinatarios corresponderse en cifra por medio de una clave convenida.

En la actualidad se hacen en París, en los trenes del ferrocarril del Oeste, y bajo la dirección del conde de Delamarre, ensayos de alumbrado muy interesantes, por medio del gas, producido por el sistema de Pintsch.

Este gas se obtiene por la destilación de aceites densos; está comprimido á 18 atmósferas, por una

bomba impelente, en un depósito situado en la estación de San Lázaro, el cual sirve para cargar los depósitos especiales colocados debajo de los coches.

Cada carruaje está provisto de 140, 150 y 160 litros de gas, según las clases, cantidad suficiente para el alumbrado de once horas. El gas está en el depósito distribuidor á la presión de 6 kilogramos por centímetro cuadrado, y de cada uno de los distribuidores parte una tubería que pasa por el piso del vagón y alimenta cada mechero.

Una persona que viaja frecuentemente en los trenes alumbrados por este sistema, dice desde París, que resulta perfecta la luz y con gran economía, añadiendo que los aparatos son elegantes, que la llama es blanca, muy fija y de una intensidad que se puede variar á voluntad por medio de un regulador.

La administración de los ferrocarriles del Estado ha creído útil estudiar estos ensayos.

Papel impermeable.—Se toman 250 gramos de alumbre y 125 gramos de jabón blanco, que se disuelven en un litro de agua; en otra vasija, en igual cantidad de líquido, se disuelven 60 gramos de goma arábica y 180 gramos de cola; se mezclan ambas disoluciones y se ponen al fuego; se sumerge luego el papel que se quiere hacer impermeable en el agua; y finalmente, se le hace pasar entre dos cilindros, dándole a secar después.

Se puede evitar el empleo de los cilindros suspendiendo el papel hasta que haya escurrido el agua, haciéndolo secar luego.

El alumbre, el jabón, la cola y la goma forman una *cubierta* artificial que protege la superficie del papel contra la acción del agua, y aun contra la del fuego hasta cierto punto.

Esta preparación conviene sobre todo para el papel de embalar, empleado en los fardos que han de quedar expuestos á la intemperie.



LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA deplora estos días la prematura muerte de una respetable señora, cuyas nobles prendas de carácter, de entendimiento y de corazón nunca se celebrarán bastante; de una mujer fuerte, como la describe el Evangelio, profundamente cristiana, llena de abnegación, de caridad y de sentimientos nobles y generosos. Doña Julia Bartlett, esposa de nuestro querido amigo el coronel de artillería D. Federico Verdugo, ha sido arrebatada al amor de su esposo y de sus siete hijos, en lo mejor de su vida, á los cuarenta años de edad.

Había hecho cuatro veces el viaje á Filipinas, por seguir á su esposo y no dividir la familia, y había dos años que se hallaba entre nosotros, ocupada con tierna solicitud en el cuidado de sus hijos. Su muerte ha sido tan cristiana como su vida: se ha dormido en el mundo para despertar en el cielo.—R. I. P.

TIPOGRAFÍA GUTENBERG, á cargo de M. Salamanqués, Villalar, 5

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

REVISTA DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTE CRISTIANO

DIRECTOR, DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

PROPIETARIO, D. MODESTO RIERA.

Se publica desde su SEXTO VOLUMEN en DOCE PÁGINAS, conteniendo treinta y seis grandes columnas de texto, perfectamente impresas é intercaladas con interesantes grabados artísticos y de actualidad.

Sale á luz los días 5, 15 y 25 de cada mes. A pesar de los excesivos gastos que las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan, sin sacrificios, poseer esta elegante Revista.

Puntos de suscripción

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, calle de Peligros, núm. 20, segundo. En las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mutuo ó en letras de fácil cobro. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

PUERTO-RICO.—D. Celestino Díaz.—HABANA.—D. Juan Rivero, Muralla, 33, librería.—FILIPINAS.—Imprenta del Real Colegio de Santo Tomás de Manila, Sr. D. Gervasio Memije.

Ayuntamiento de Madrid